

Boletín de la  
INSTITUCIÓN LIBRE  
de  
ENSEÑANZA



<b>RECUERDO DE JOSÉ BELLO LASIERRA (1904-2008)</b>	<b>7</b>
<i>Mi modesto haber</i> por José Bello	13
«Anterior a mí no existe nada» (conversación con José Bello) por José Méndez	21
<i>Visita de Ricardo Wagner a Burgos (una carta a Alfonso Buñuel)</i> por José Bello	35
<i>Mi tío Pepín</i> por Severino Bello	47
<i>Seguir a Pepín Bello: epicureísmo y tradición liberal</i> por José García-Velasco	51
<i>Un viaje a Venecia y otros recuerdos</i> por Antonio Garrigues	69
<i>José Bello y la Residencia hoy</i> por Alicia Gómez-Navarro	73
<i>Yo, de mayor, quiero ser como Pepín</i> por Elvira González	79
<i>Un soneto para José Bello</i> por Andrés Ruiz Tarazona	83
<i>El maestro Bello que estaba allí.</i> por Andrés Soria Olmedo	87

\* \* \*

**Recuerdo de José Bello Lasierra  
(1904-2008)**



José Bello ante la Residencia de Estudiantes, abril del 2004. Archivo de la Residencia de Estudiantes

Nacido en Huesca el 13 de mayo de 1904, José Bello era el segundo de siete hermanos. Su padre, el ingeniero Severino Bello, que mantenía una antigua amistad con Joaquín Costa y Francisco Giner de los Ríos, decidió, aconsejado por estos, llevar a José y a sus hermanos a estudiar a Madrid, adonde José Bello llegó en 1915, con once años, para ingresar en la sección infantil de la Residencia de Estudiantes. Allí cursó estudios de segunda enseñanza con compañeros como Justino de Azcárate, Gustavo Pittaluga o Emilio Prados. En 1921 entró en la sección universitaria de la Residencia para estudiar Medicina. En la Residencia trabó íntima amistad con Luis Buñuel, Federico García Lorca, Salvador Dalí, José Moreno Villa y Juan Vicens, todos ellos caballeros de la surrealista Orden de Toledo, que Buñuel fundó en 1923 y a la que también perteneció José María Hinojosa. De su amistad con los tres primeros y con el resto de componentes de la llamada generación del 27, muchos de los cuales, aunque no vivieran en la Residencia, eran visitantes asiduos, así como de su capacidad para servir de aglutinador en la relación entre todos y de inspirador de muchas de sus ideas creativas, se conservan huellas abundantes en la nutrida correspondencia que intercambiaron y en otros relevantes testimonios publicados por Alberti, Buñuel o Dalí.

Entre 1927 y 1936 vive sobre todo en Sevilla, adonde se traslada cuando decide abandonar sus estudios de Medicina el curso 1928-1929. Allí colaboró con la Sociedad de Vías y Riegos, que pertenecía a la familia de su amigo y paisano José Ignacio Mantecón, y después fue nombrado delegado de fomento de la Exposición Iberoamericana de Sevilla. Durante sus años sevillanos Bello tuvo contacto estrecho con otro de sus íntimos amigos, el torero Ignacio Sánchez Mejías, en cuya casa vivió una temporada, y mantuvo correspondencia asidua con Alberti, quien llegó a convertirse en uno de sus grandes confidentes. También en Sevilla estuvo entre los organizadores del homenaje a Góngora en el Ateneo, donde hizo, según su propio testimonio, la mítica fotografía del grupo.

Tras la amarga experiencia de la guerra y la primera posguerra, años en los que perdió, entre otras personas cercanas, a su hermano Manuel, fusilado en Paracuellos del Jarama, y vio exiliarse a muchos amigos, recuperó la relación con algunos protagonistas de la vanguardia histórica que permanecieron en España viviendo, en muchos casos, el lla-

mado exilio interior y que no dejaron de reivindicar el papel de José Bello en el surrealismo español. Reanudó el contacto con el escultor Ángel Ferrant y con otros amigos, como el torero y empresario Domingo Ortega, Melchor Fernández Almagro y Vitín Cortezo. Emilio García Gómez y los primos Antonio Díaz-Cañabate y Antonio Garrigues fueron sus compañeros en tertulias como la del café Lyon o la de la taberna de Antonio Sánchez, junto con otros amigos, como Juan Benet, Luis Miguel Dominguín, Lucía Bosé o el arquitecto Fernando Chueca Goitia.

Tras un tiempo como consejero de la Hidroeléctrica de Huesca, participó en diferentes negocios no muy afortunados: una fabrica de peletería en Burgos, ciudad en la que decía haber vivido en soledad durante quince años, y luego un negocio de motocine en Madrid, con amigos como Antonio Garrigues Díaz-Cañabate.

En sus últimos años fue objeto de numerosos encuentros y homenajes, entre los que destacan los que tuvieron lugar en la Residencia de Estudiantes, de cuya Asociación de Amigos fue presidente de honor, y a la que, en su etapa actual, volvió con mucha asiduidad.

José Bello, quien, desde que se inició el proyecto de recuperación de la Residencia, la honró siempre con su amistad, su desbordante simpatía y su sorprendente lucidez, ha sido la memoria viva de la Residencia histórica y una inspiración permanente para la etapa actual. Su vida ha tendido un puente entre el pasado de la Institución Libre de Enseñanza y de la Residencia y sus respectivas nuevas etapas.

En el 2001 recibió la Gran Cruz de la Orden Civil de Alfonso X el Sabio, y en el 2004, el Premio Aragón y la Medalla de Oro al Mérito en las Bellas Artes.

El 11 de enero del 2008 falleció en su casa de Madrid, a los 103 años.

\*\*\*

Con este número del *Boletín*, la Fundación Francisco Giner de los Ríos quiere dedicar su homenaje a esta figura singular de la cultura española de la Edad de Plata, cuya vinculación con el legado de la Institución —y con la figura de Giner, a quien no perdía ocasión de expresar su admiración— él valoraba por encima de todo. José Bello ha sido una muestra viva de ese «hacer hombres enteros» que su padre afirmó que esperaba de la Institución y que él era consciente que debía a su influjo, recibido a través de la Residencia de Estudiantes. Quienes lo han tratado a lo largo de su dilatada vida dan testimonio de su discreción, modestia, finura de trato, simpatía, creatividad y, por encima de todo, de su inmensa capacidad para repartir amistad, que él mismo destacaba en su «modesto haber». Desde niño le había sorprendido «lo poco normales que son las personas mayores», así que evitó cuidadosamente, pese a la edad, hacerse «mayor» y fue siempre —en palabras de Rafael Santos Torroella— la *naturalidad* misma.

Nuestro homenaje recoge testimonios del propio «Pepín»: sus palabras en el homenaje que recibió, en plenitud de facultades, en la Residencia de Estudiantes el 13 de mayo del 2004, el mismo día que cumplía 100 años, y la entrevista que le hizo José Méndez y publicó el boletín *Residencia* en abril de 1998.

Completa estos recuerdos el contenido de las intervenciones en el acto *En recuerdo de José Bello*, celebrado en la Residencia de Estudiantes, en Madrid, el pasado 19 de febrero, de su sobrino Severino Bello, José García-Velasco, Antonio Garrigues Walker, Ali-

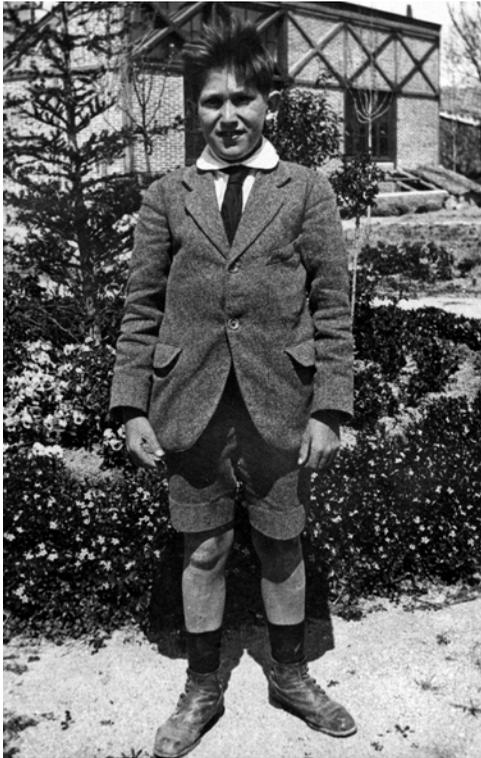
cia Gómez-Navarro, Elvira González y Andrés Ruiz Tarazona, así como el artículo que Andrés Soria Olmedo escribió al conocer su muerte.

También presentamos en primicia un testimonio inédito del José Bello escritor. «No he escrito nunca con ánimo de publicar», repetía en muchas ocasiones. En efecto, sus escritos (de los que sólo se ha publicado con su nombre la obra teatral *Hamlet*, escrita en colaboración con Luis Buñuel), fueron en su mayor parte «para los amigos, para reírnos» y casi todos han desaparecido. No obstante, de aquellos divertimentos su familia conserva una «Carta a Alfonso Buñuel», de 1952, en la que narra una visita de Ricardo Wagner a la casa de Castañares en la que pasó su dura etapa burgalesa, cuya publicación ampliamente documentada prepara Andrés Ruiz Tarazona y cuya lectura servirá para completar la imagen de José Bello Lasierra desde un ángulo inédito.

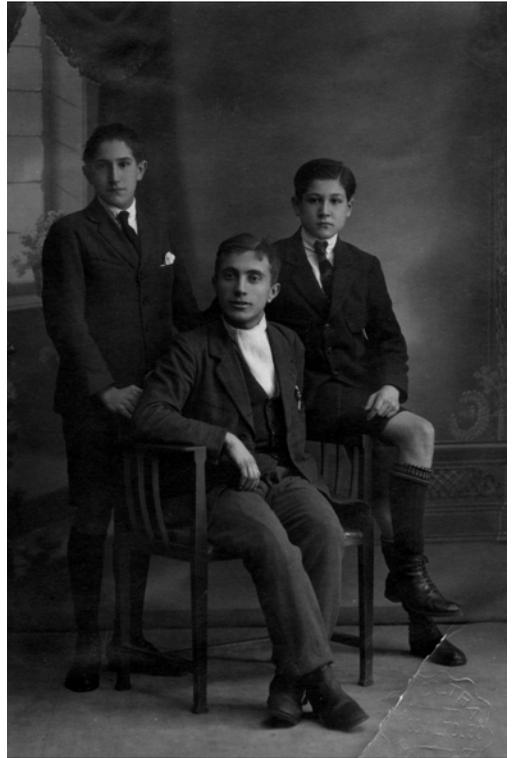
El *Boletín* agradece a todos los autores de este homenaje su colaboración autorizando la publicación de los textos y, en algún caso, cediendo las imágenes que los acompañan y, sobre todo, a la familia Bello, especialmente a Severino Bello y su mujer Rosa (*Tota*) Ruiz Tarazona, que han autorizado gentilmente la publicación de la «Carta a Alfonso Buñuel». Igualmente, todas las imágenes que ilustran esta sección y cuya procedencia no se cita pertenecen al archivo de la familia de José Bello.



De izquierda a derecha: Pepín con sus hermanos Manolo y Severino (Filín). Sentados, su madre y su padre. 1917



Hacia 1917. Posiblemente, en los jardines de la Residencia de Estudiantes, ante el laboratorio de don Antonio de Zulueta



Pepín y Filín con Eduardo, el maestro. Huesca, 1919

## Mi modesto haber\*

José Bello

Queridos amigos:  
Realmente no tengo palabras para agradecer este homenaje, tal despliegue de amistad, de cariño, de gracia, de bondad... No tengo palabras, les juro que no tengo palabras. Lo siento en lo más hondo de mi corazón, lo agradezco con toda el alma, es lo único que puedo decir; lo demás, imagínenselo ustedes. Todo es agradecimiento, porque, además, reconozco que esto no es merecido por mi modesta persona. Yo soy muy poca cosa, y esto, como se dice vulgarmente, me viene ancho. En fin, lo agradezco y basta.

Yo llegué a la Residencia de Estudiantes hace ahora noventa años, exactamente ochenta y nueve, en octubre de 1915. Todavía estaba en la sección de bachillerato, ubicada entonces en un chalet, en la calle Fortuny, 24. Al año siguiente ya vinimos aquí, a la Colina de los Chopos. Mi padre era un gran amigo y colaborador de don Joaquín Costa y trabajaba con él en aquel movimiento de fines del siglo antepasado y principios del pasado que se llamaba regeneracionismo español. Por Costa conoció mi padre la Institución Libre de Enseñanza y a don Francisco Giner, e inmediatamente intimó con la gente de la Institución y con don Francisco. Ese fue el motivo de que nos trajera a mi hermano Manuel, mayor que yo, y a mí. Aquí, pasado el tiempo, conocí al grupo de personas que integró la generación del 27. Aquí vivieron Buñuel, Dalí, Federico García Lorca, Juan Vicens y algunos otros, y aquí nos hicimos amigos entrañables para siempre, para toda la vida; nuestra amistad ha terminado a medida que terminaba la vida de cada uno, y como estuvimos separados mucho tiempo, nos hemos escrito también durante toda la vida (con Federico García Lorca durante menos tiempo, porque tuvo una vida muy breve). Toda la generación del 27 pasó por la Residencia de Estudiantes, si no a vivir, sí a visitar. Algunos, como Rafael Alberti o Dámaso Alonso, venían a estar con nosotros a diario, y todos los demás, aunque no con esa regularidad,

---

\* Palabras de José Bello en el acto de celebración de su centésimo cumpleaños, en la Residencia de Estudiantes, el 19 de marzo del 2004.

venían muchísimas veces, así es que en cierto modo la generación del 27 es producto de la Residencia de Estudiantes.

Entre las cosas que cuento en mi modesto haber —porque lo que he escrito son divertimentos de juventud que no tienen mayor importancia—, se encuentra el haber sido en cierto modo el que ensambló, el que trabó aquella generación del 27. Eran todos, aparte de su talento artístico e intelectual, personas estupendas, bien educados, liberales, buenos amigos, sinceros, honestos todos, pero faltaba algo. Yo notaba, casi sin planteármelo, que hacía falta algo que los uniera, y mi esfuerzo se orientó precisamente a su unión, a hacer posible que pueda hablarse hoy, con esa rotundidad, de «generación del 27» como una pieza que figura ya para siempre en la historia de España.

Sé que este homenaje es también, en cierto modo, un homenaje a Salvador Dalí, que cumplía los años al mismo tiempo que yo (exactamente, nos llevábamos un día de diferencia), y todo lo que se diga o se haya dicho de Dalí está ya consagrado, porque lo han dicho personas de mucha más autoridad que la mía. Sin embargo, puedo dar algunos detalles pintorescos de su persona.

Dalí llegó aquí en el año 1922, cuando ambos teníamos dieciocho años. Era un tipo estrafalario hasta más no poder y, cuando se le trataba, mucho más. Era encantador, muy inteligente y enciclopédicamente ignorante, sobre todo de las cosas más sencillas de la vida. Su timidez era tal que por sí sola explica esas cosas que hizo después en Nueva York, de las que dieron cuenta todos los periódicos del mundo, como apedrear escaparates y otras así, que a mí no me extrañan nada, porque son la reacción del tímido desesperado, del tímido absoluto.

Y en cuanto a su ignorancia, he de decir que no sabía nada de nada, nada más que de pintura —porque de pintura lo sabía todo, y pintaba y dibujaba ya a los dieciocho años igual que a los cincuenta—. Este hombre, este muchacho ignoraba sobre todo las cosas normales de la vida; no sabía nada, absolutamente nada; tanto es así que no sabía que cinco duros eran veinticinco pesetas, no sabía tomar un billete para un espectáculo, no sabía leer la hora del reloj. Recuerdo que vino de su tierra tras unas vacaciones y le vi con un reloj de pulsera. Le dije: «Pero, hombre, traes un reloj»; y me dijo: «No, no, está parado, ¿eh?, está parado a las dos y diez; así que cuando alguien me pregunta la hora siempre digo las dos y diez». Y así lo hacía, decía «las dos y diez» incluso si eran las nueve de la mañana.

Otro año nos invitó a García Lorca y a mí a pasar la Semana Santa en su casa de Cadaqués, que era todavía la casa de su padre. Yo no pude ir, porque estaba haciendo el servicio militar y no me dieron permiso, pero sí fue Federico. Cuando volvió, me contó que el día que llegó a la casa se dio cuenta inmediatamente de que el padre de Dalí, don Salvador, que era viudo, se había casado con su cuñada. Dalí siem-



Los tambores de Calanda redoblan en el centenario de José Bello (19 de marzo del 2004).  
Archivo de la Residencia de Estudiantes



Con Marcelino Iglesias, el 19 de marzo del 2004.  
Archivo de la Residencia de Estudiantes



Con Eva Almunia, Carmen Calvo y Rafael Buñuel, el 19 de marzo del 2004.  
Archivo de la Residencia de Estudiantes

pre nos hablaba aquí de la *tieta* —la *tieta* esto, la *tieta* lo otro— y claro, nos parecía muy normal. Pero lo que no sabíamos es que era la mujer de su padre. Federico se dio cuenta inmediatamente y, cuando se quedaron solos, ya por la noche, le dijo: «Oye, no me habías dicho que tu padre se había casado con la *tieta*»; y dijo Dalí: «Ah, no sé, no sé. Pregúntale a mi hermana Ana María, que, como vive aquí, ella sí lo sabrá».

No quiero dejar pasar esta ocasión sin dedicar un recuerdo al director histórico de la Residencia, a don Alberto Jiménez Fraud. Con decir que era el discípulo predilecto de don Francisco Giner, ya está dicho todo, pero tal vez pueda añadir algo. Era un hombre que se hacía respetar de tal manera, al que teníamos un respeto y un afecto de tal índole, que no necesitaba (y no hizo jamás, al menos yo no lo vi jamás) un gesto de autoridad ni de mal humor. Emanaba, en cambio, sin hacerlo patente, ese halo de autoridad que le permitió dirigir la Residencia tan brillantemente y llevarla a aquella época de oro en la que desfilaron por aquí las principales personas del mundo, entre ellos Einstein, Madame Curie, Wells, Bernard Shaw... en fin, lo mejor del mundo. Y él siempre, sin embargo, en segundo término; no figuraba nunca ni en las fotografías. Era un hombre extraordinario, el hombre a la medida de la Residencia en aquella época.

Otro director de la Residencia es el actual,\* José García-Velasco, que ha llevado a cabo, en mi opinión, una de las obras más redondas que se pueden hacer en este mundo, y la ha bordado. Porque la ha modernizado, convirtiéndola quizá en el primer centro intelectual de Madrid. La actividad intelectual de la Residencia, hoy, no tiene parangón en ningún otro organismo de Madrid. Todo el año se desarrollan aquí actividades intelectuales, y eso no es algo casual; es así porque hay una persona —o dos, en este caso— que llevan el timón de esta casa. Lo admiro de tal manera y lo quiero de tal manera que pido un aplauso para él.

Hablando de los amigos, de los grandes amigos que nos han dejado, hay uno íntimo y queridísimo mío que ha muerto hace un par de meses, Antonio Garrigues Díaz-Cañabate, fraternal amigo mío de toda la vida. Era un hombre excelente y extraordinario. Su talento, su ponderación, su patriotismo... En los altos cargos que tuvo, lo hizo todo bien, lo hizo bien en todos los sitios. A todas sus actividades les puso el sello de ese catolicismo que yo tanto admiro (aunque no me parezca en nada a él en ese sentido), en todas las cosas puso su impronta de católico absoluto, de católico leal: en el matrimonio, en los hijos, en la amistad, en sus puestos políticos... Su vida estaba infiltrada de esa creencia hondísima que él tenía, y nos ha dejado a los amigos que le amábamos de verdad sin un asidero que nos era indispensable. Era generoso; conmigo y con todo el mundo se portó siempre bien. Siempre que lo necesité lo tuve al lado, siempre. Para mí

---

\* En el 2004.

supone un tremendo dolor la desaparición de este amigo, que tenía exactamente mi edad, pues acababa de cumplir cien años cuando falleció.

Quiero, para finalizar, hablar de otro amigo al que no se nombra nunca; no sé por qué, quizá por esa costumbre española, ese recelo, ese no sé cómo llamarlo que tenemos los españoles por los hombres de ciencia. Me estoy refiriendo a Severo Ochoa, que estuvo también en esta Residencia, hombre aproximadamente de mi edad, extraordinario amigo, extraordinariamente inteligente, hombre de una sensibilidad finísima para el arte y especialmente para la música, un sentido verdaderamente admirable. Él y Santiago Ramón y Cajal son los dos únicos premios Nobel de ciencia que ha tenido España en el siglo xx.

Yo no tengo nada más que decir. Sólo agradecerles a todos ustedes que me hayan escuchado y manifestar nuevamente a la Residencia de Estudiantes y a las autoridades que aquí comparecen mi agradecimiento más profundo por este homenaje, que no podré olvidar nunca, y por la amabilidad de todos, que es algo que me emociona y me hace llorar. Un abrazo para todos.

**José Bello**



En Toledo, 1925



Louis Eaton-Daniel, Juan Centeno, Federico García Lorca, Emilio Prados y Juan Vicens en la habitación de la Residencia de este último, 1924. Archivo de la Residencia de Estudiantes



Salvador Dalí, Federico García Lorca y Pepín Bello. Madrid, 1926

## «Anterior a mí no existe nada» (conversación con José Bello)

José Méndez

«**A**nterior a mí no existe nada.» Con esta frase irónica, con su punta de pitorreo zum-bón y divertido, comienza la charla con José Bello Lasierra, el inevitable Pepín Bello de diccionarios y manuales. En su imagen, que sugiere abundancia, generosidad y armonía, no sobra, sin embargo, nada. En su palabra, que califica de manera clara, y en ocasiones contundente, nadie podrá hallar menoscabo del sujeto. Él sabe que su memoria es depositaria de datos que eruditos y entomólogos de la historia intelectual valorarían más que un poema, pero prefiere traer a colación las palabras, los gestos, las risas; y siempre, el recuerdo de la amistad. Nació en Huesca en 1904, fue residente desde 1915 hasta 1925; ha vivido sus últimos años en Madrid rodeado de libros, de fotografías y de nuevos amigos. Pertenece a la primera generación de españoles que tuvieron acceso a una educación diferente a través de los hombres y mujeres que hicieron posible la Institución Libre de Enseñanza, la Residencia de Estudiantes y el Instituto-Escuela. Fue el centro de un grupo de amigos que protagonizan la cultura literaria y artística del siglo xx en España. Es la expresión genuina del talento que animó a la Residencia en su etapa histórica y uno de sus mejores valedores en la etapa actual. Sus recuerdos nos remiten al común de nuestra memoria colectiva. Sobran, por tanto, las preguntas.\*

### La infancia

Fue felicísima. Tuvimos un padre admirable, muy comprensivo, y un gran educador. Sin ser un dómine nunca, tendió a orientarnos hacia algo formativo y cultural. Con muchas bromas, pero nunca por lo vulgar. Con la primera persona que vi el Museo del Prado fue con mi padre. Él hubiera querido ser pintor. Cuando terminó el bachillerato le preguntó mi abuelo: «Bueno, ahora, ¿qué quieres ser?». «Pintor», respondió. Calcule usted el efecto de semejante respuesta en la segunda mitad del siglo pasado. Se hizo ingeniero de caminos. Ese bodegón lo pintó con quince años. Hay que ver cómo está pintado eso, y era un niño. Podía haber sido pintor, desde luego. Mi infancia está informada por su influencia. La educación, los viajes, el arte, pero todo a través de él. Lo poco que sé de escribir, también. El paisaje de mi infancia es el

---

\* Esta entrevista con José Bello se publicó en el número 5 del boletín *Residencia*, de abril de 1998.

campo. Yo pasé la infancia en las obras de mi padre, en contacto con la naturaleza y la gente más sencilla.

### **La medicina**

Estudié Medicina. La ciencia no era del gusto de mi grupo, pero teníamos un gran respeto por todo lo científico. Había gente muy buena en esa área en la Residencia. El histólogo don Pío [Pío del Río Hortega] era un hombre estupendo, culto, inteligente. Calandre era gratisimo. Yo tuve una pleuresía que me duró seis u ocho días, y el que me vio fue Calandre. Fue mi profesor en el laboratorio de la Residencia, un gran tipo. La medicina creí que me gustaba, pasé todo lo peor de la carrera, pero no me gustaba absolutamente nada.

### **La Residencia, en el campo**

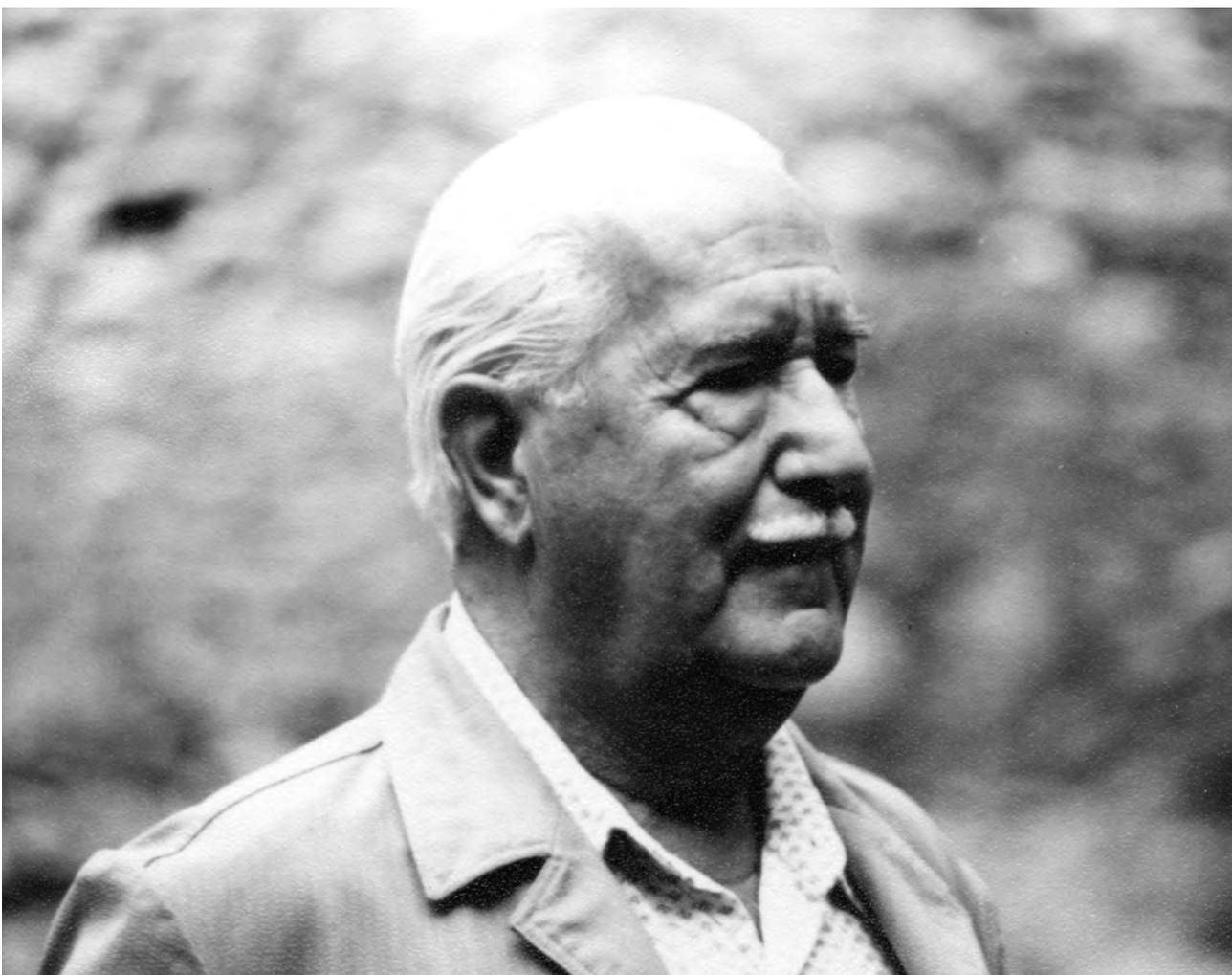
Desde mi cuarto, que daba a lo que ahora es el CSIC, veía sólo campos de trigo y cebada. Allí terminaba Madrid. Terminaba como termina una mesa, abruptamente. Había dos tranvías para ir a la Residencia: el 8, que hacía Bombilla-Puerta del Sol-Hipódromo, y el 7, Puerta del Sol-Hipódromo. En ellos venía la gente a la Residencia. Cuando había una conferencia (Carter, Curie, Einstein, Chesterton...), el noventa por ciento venía en tranvía. A la plazoleta llegaban como mucho diez coches. Y desde el tranvía tenían que subir un buen repecho hasta la Residencia. Primer repecho: desde el tranvía al Museo de Ciencias; segundo: desde el Museo a la Residencia. Me acuerdo de que don Ricardo de Orueta, que era del 98, cuando llegaba, decía: «Ustedes esto lo suben, pero yo, amigos, casi no llego».

### **Los fundadores**

Eran la educación misma. Fueron los padres de la educación en España. En España no se había educado nunca hasta la fundación de la Institución Libre de Enseñanza; después, en la Residencia y en el Instituto-Escuela. Hasta entonces no se había educado nada, porque estaba todo en manos de los curas, y a los curas les hago el favor de admitir que han sabido enseñar matemáticas, física, francés; pero educar, no. Ellos mismos no están educados. A la gente que procede de la Institución se les nota, aparte de que siempre haya una minoría educada per se. Por Giner había devoción. Era una persona mítica. Don Alberto fue su discípulo favorito y lo llevaba en el fondo de su corazón.

### **¿Élite?**

No, no formábamos ninguna élite. Ni don Alberto lo hubiera permitido. Ahora bien, teníamos una especie de sexto sentido de saber que estábamos en lo cierto y de que los demás no estaban en el buen camino, en orden a la formación, a la cultura. Sin presumir, le digo a usted que nos gustaban las cosas de buen gusto, lo cultural, lo



En Benasque, agosto de 1983

artístico. En fin, que no éramos unas bestias; podíamos haberlo sido, pero, en fin, no lo fuimos. Nos gustaban los conciertos, escuchar a Chesterton y ver a todos aquellos señores de cerca.

### **Moreno Villa**

En la Residencia escribía, pintaba y despachaba con don Alberto, de quien era gran amigo. Era un hombre encantador, la educación misma. El único amor que le conocí, la mejicana; se casó con ella y fue muy feliz. Fue, quizá, un artista menor, pero todo un caballero.

### **Madrid, años veinte**

Era una ciudad muy interesante. Sobre todo las tertulias, que eran lo más singular, porque había muchas y todas buenísimas. Decía el entonces director del British Council, Walter Starkie, que iba mucho por la Residencia: «Se escuchan cosas más interesantes en las tertulias de Madrid que en las academias de Londres». Íbamos mucho a La Granja Henar y también al Café Suizo, que estaba donde ahora está la sede del Banco de Bilbao, y enfrente, al Café Fornos, que fue donde se conocieron varios del 98, Baroja y Unamuno, entre otros. Baroja cuenta que conoció a Unamuno en el Café Fornos y que, cuando se quedaron solos, Unamuno tiró de bolsillo y, sin que se lo pidiera, comenzó a leerle cosas. «No hay derecho», comentaba.

### **Visitantes ilustres**

Casi el que más gracia nos hizo fue Chesterton, porque era un poco borrachuzo, con sus lentes, su panza. Se marchaba a tomar sus cervezas a Madrid. Aunque a esas gentes tan importantes las tratábamos poco. Me hizo mucha impresión Tagore, con aquella túnica, aquellas barbas. Algunas conferencias las traducían. Yo creo que la primera traducción fue la que realizó don José Castillejo de la conferencia de Wells, el novelista. No teníamos del todo conciencia de la importancia de lo que estaba pasando. Nos parecía, hasta cierto punto, natural que vinieran a la Residencia.

### **Talante liberal**

La pasión política que ha existido después de la guerra no la hubo nunca. Los de la generación del 27 se llevaron, del primero al último, perfectamente; se admiraban unos a otros y eran íntimos amigos. Sin envidias. Gerardo Diego era un hombre de misa diaria, encantador, y Alberti, que no era comunista entonces, se llevaba con él perfectamente.

### **La amistad, la poesía**

Más que la poesía, nos unió la amistad. La amistad y la broma y el pitorreo y los viajes y las noches de Madrid (esto último no mucho, porque tampoco don Alberto

lo hubiera permitido, no hay que hacerse ilusiones). Lo pasábamos muy bien. En un plan muy modesto, porque yo tenía un duro a la semana. Buñuel, que se había quedado sin padre y la madre le cuidaba mucho, tenía algo más. Sí, ella fue su gran mecenas; la madre de Luis era un encanto.

### **El cabaret del Palace**

Estuvimos dos o tres veces, nada más; era un cabaret muy bonito, al que se entraba por la plaza de Neptuno. Los cabarets de aquella época eran silenciosos, con música muy apagada, en penumbra. Iba con Federico, Luis y Salvador. A Dalí le gustaba aquello. Había una chica morena muy guapa, a la que él llamaba «la rubia», y con «la rubia» se quedó.

### **Juan Ramón Jiménez**

Vino dos o tres veces a mi habitación cuando Federico la compartía conmigo, pero sin saludar a nadie. Era un genio, claro, toda la generación del 27 parte de él y le tenía una admiración enorme. Y eso que estaban todos reñidos con él: Bergamín, Dámaso Alonso, Jorge Guillén, todos. Dentro de la educación exquisita y ática que tenía Juan Ramón, también tenía una lengua viperina que hería sin decir una sola palabrota. Me acuerdo del pobre Guillermo de Torre. Decía Juan Ramón: «Guillermo de Torre, sí, sí. ¡Qué lástima me da de su padre!». ¡Ya es tirar por altura!

### **Miguel de Unamuno**

De solitario nada. ¡Hablaba por los codos! Había que pararlo. Ahora, Unamuno no escuchaba a nadie, no dialogaba. No debía de escuchar a nadie nunca. No es que no me escuchara a mí —que no era nadie, claro, un chaval—, sino que no le he visto escuchar a nadie. A mí no me gusta la gente que no sabe escuchar. He conocido a otros muy importantes —Ortega, por ejemplo— que escuchaban siempre. Unamuno tenía una carencia total de humorismo. Era un hombre excepcional; las cosas positivas son mercedamente conocidas. Lo que uno echaba en falta es que supiera dialogar. Un grupo de catedráticos amigos míos, que coincidió con él en Salamanca, al principio iba a gusto a las tertulias de don Miguel, pero al poco salió corriendo. Todo lo contrario de Ortega, que no se cansaba uno de estar con él por lo entretenido; Unamuno no es que fuera aburrido, es que no escuchaba, era un monólogo incesante y no todo interesante, claro. De todas maneras, teníamos una gran admiración por él. No nos permitíamos bromas. Buñuel sí; en una carta a mí le tira fuerte. Cuando habla de él dice «ese viejo pedorro».

### **Pío Baroja**

Decían que era muy esquinado, pero no es cierto. Me acuerdo de que la primera vez que le vi, en un chalé del Viso, en casa de su hermana y del editor Caro, iba yo

con Alberti. Allí se hacía teatro en el salón, un teatrillo [El Mirlo Blanco]. Pues bien, no quedaba silla para mí, y don Pío subió al piso de arriba y me bajó una silla de esas tapizadas que pesan veinte kilos para que yo, que era un mequetrefe, pudiera sentarme. Me quedé azaradísimo. Don Pío no era tan fiero ni tan hosco, como se ve. Luego pude tratarle y era un hombre muy dulce.

### **Valle-Inclán**

Cuando conocí a Valle tenía veinte años; me presenté en su tertulia con Federico, Alberti y alguien más. Me dijo: «Bello, Bello, eso es de origen gallego». Dio la espalda al resto y habló conmigo más de media hora. «Ah, ¿de Muros? —dijo—; allí se ven cosas asombrosas. Allí he visto a un labriego con sus bueyes en el campo vestido de frac y sombrero de copa.» Empezaba a imaginar, como siempre. Pero después me di cuenta de que, a lo mejor, no tanto. Muros está en la Costa de la Muerte, y allí había muchos naufragios, y hacía poco había naufragado un barco con prendas muy elegantes. También me contó que en Muros había comprado una caja de botellas de champán por dos pesetas.

### **Manuel Machado**

Conocí bastante a don Manuel Machado porque era compañero y amigo de Moreno Villa y venía a visitarlo a la Residencia. Tenía el reconocimiento de todos porque era un poeta buenísimo. Un poeta fenomenal. Mucho más atractivo que don Antonio, que era muy sopazas, aunque un genio, claro. Muy apagado, muy desaseado don Antonio. Don Manuel iba hecho un pincel. Tuvo buena relación con Federico porque eran, claro, del oficio.

### **Emilio Prados**

Había llegado un año antes que yo a la Residencia. Nos hicimos íntimos amigos. Era encantador. Cuando volvió Miguel, su hermano, del exilio, nos vimos y nos alegramos un horror. Me dijo que venía a quedarse en Madrid y que esperaba que nos viéramos con mucha frecuencia. Desgraciadamente, pudo más el cáncer. Miguel ayudó siempre a su hermano, ¡no digamos!, porque Emilio no ganó una peseta en su vida y, además, pretendía socorrer a otros. Emilio tuvo siempre el estro poético, pero se profesionalizó, por así decirlo, un poco tarde. Eso influyó mucho en la falta de reconocimiento.

### **Sobre el surrealismo**

En el surrealismo académico no creo. Creo en un surrealismo humorístico. Buñuel decía que no había leído a Breton porque le aburría mortalmente. Creo que no existe un surrealismo, digamos, serio. Lo que conozco, y lo que me atrae, es el surrealismo humorístico, que ya es bastante.



Toreando en la finca de Ignacio Sánchez Mejías, 1932

**Federico, lector**

Federico había leído una barbaridad, mucho más de lo que la gente cree. Su cultura literaria era enorme. Español, todo. Para él, el ídolo era Lope. Mucho más que Góngora. Lo de Góngora fue un invento que salió bien, y santo y bueno. Quevedo decía que había que untar con tocino sus libros para que todos pudieran leerlos, haciendo alusión a su condición de converso. Todo lo que conozco de Lope es a través de Federico. Durante varios años hizo lo que él llamaba hacer testamento: se tumbaba en la cama con dos o tres cojines a la espalda, bien tapado con una manta, cogía de la biblioteca un tomo de comedias de Lope, un tomo de aquéllos de Rivadeneyra, y nos leía cada noche una comedia. Leía de una manera gloriosa. ¡Cuidado que es difícil! Federico se lo sorbía. Prescindía de los nombres, dialogaba por entonación, y sólo cuando intuía que el oyente perdía el hilo citaba el nombre del personaje.

**Alberti**

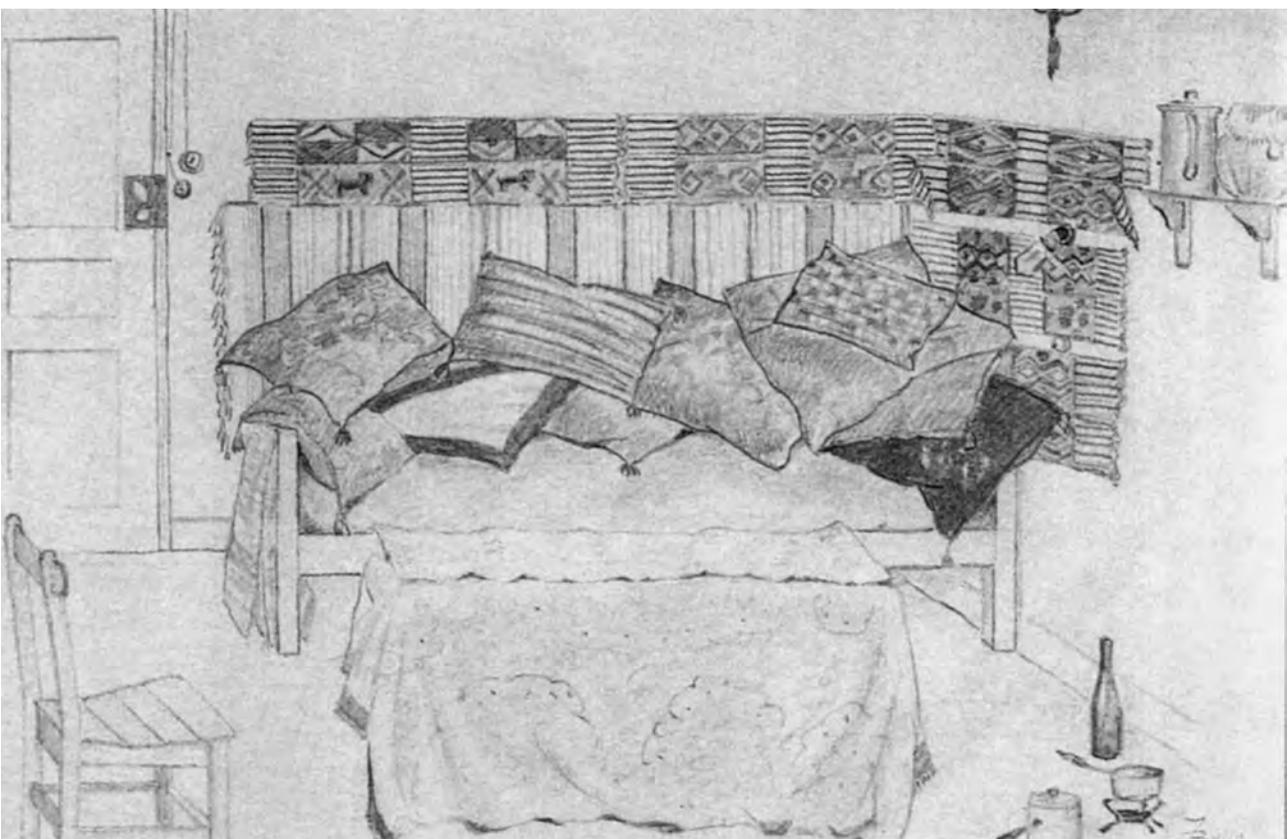
Tiene una memoria de elefante. Se sabía toda la obra de Federico y la recitaba continuamente. Tiene una memoria patológica. No fue nunca residente, pero como vivía en Lagasca, 101, la última casa de esa calle y la última de Madrid entonces, venía todos los días a la Residencia. Venía campo a través.

**El homenaje a Góngora e Ignacio Sánchez Mejías**

Hoy está considerado el acto fundacional de la generación del 27. La famosa foto se hizo en el Ateneo de Sevilla, que dirigía Blasco Garzón, amigo mío. La hice yo, optando por no aparecer, desde luego. De Sevilla estaba, entre otros, Joaquín Romero Murube, como hermano mío, de las personas que he querido más en mi vida. Estuve diez años en Sevilla, desde 1927 hasta el 36. Lo pasé muy bien allí. Ignacio Sánchez Mejías era una persona excepcional. Era un genio, así, sin vuelta de hoja. Un gran talento literario. Una persona asombrosa. Lo traté muchísimo. Estaba siempre admirado de él, de cómo veía un negocio, de cómo trataba las cosas. Me acuerdo de que en su finca de Pino Montano se instaló lo que iba a ser el aeropuerto terminal de Europa, con el poste de amarre de los Zepelín y todo. Fue él solo a París a reunirse con una comisión de expertos franceses y alemanes; por parte de España fue él solo. Los toreó a todos. Clarividente, rápido. Un asombro. Un cariño, un talento para comprender. Lo de menos es cómo fuera como torero. Fue torero a fuerza de talento, a él no le gustaba demasiado. No fue un genio como Joselito, toreando, pero no cobraba menos que ninguno.

**Salvador Dalí**

Un Dalí es el que yo conocí en la Residencia y otro el posterior. Son completamente diferentes. El de la Residencia era un chico estupendo, gracioso, ocurrente, ingeniosísimo, pintor y dibujante fenomenal; el dibujo y la pintura se los comía, tenía mu-



*Habitación de Juan Vicens*, dibujo de Pepín Bello, 1924. Colección Familia Bello

chísima facilidad. Yo fui el que lo descubrí realmente: pasé un día por delante de su puerta, en el segundo pabellón, en el piso bajo; tenía la puerta abierta, y por el suelo y encima de la cama dibujos y cuadros. Me asomé, entré y le pregunté: «¿Son tuyos?». Me dijo: «Sí, sí». Inmediatamente se lo dije a Luis y a Federico: «Tiene unas cosas fenomenales». Así entró en la pandilla.

### **José Ortega y Gasset**

Con ser muy serio y muy respetado, tenía un atractivo indudable. Le gustaba mucho vivir bien, era muy permeable a la belleza femenina. ¿La aventura con Victoria Ocampo? Bueno, eso se dice, yo no sé. Le llevaba dos palmos de estatura Victoria Ocampo a él, como poco. Ahora, yo le he visto con mujeres muy guapas, con la condesa de Yebes, por ejemplo, que era una belleza despampanante. Des-pam-pa-nan-te. Una de las mujeres más guapas que he visto en mi vida, Carmen Yebes. Inteligente. Ortega estaba muy bien con ella.

### **Luis Buñuel**

Buñuel era un irracional tremendo. Yo me llevaba admirablemente con él. Presumía de eso, le gustaba, acusaba su machismo. Me contaba, como un gran elogio, de su padre, un indiano que había hecho fortuna: en la mesa se sentaban los padres en las cabeceras, los tres hijos a la derecha y las cuatro hijas a la izquierda. El que llevaba la conversación era el padre, don Leonardo. Pero no se dirigía nada más que a los varones. Fue a estudiar a Zaragoza una chica prima hermana de los Buñuel y quedaron que los domingos comería en casa de sus tíos. El primer día la chica quiso decir algo pero no se atrevía. En un determinado momento, don Leonardo ordenó: «Luis, trae eso». Se fue a la caja de caudales y sacó una gran tabla de embutidos. La trajo a la mesa y el padre cortó para él, para Leonardo, para Alfonso. La chica no pudo aguantarse y dijo: «Tío yo quiero de eso». «La que se va armar», pensaron todos. El padre dijo muy serio: «Esto no es para niñas». Luis lo contaba con gran admiración de su padre. La temporada que vivió Luis en Madrid el año 35 hasta la guerra, estaba encantado aquí. Hacía películas ¡absolutamente putrefactas!, pero se las pagaban bien. Ricardo Urgoiti, de la misma edad que Luis, era el productor y llegaron al acuerdo de que aquello no lo firmaba. No hacía el cine que le gustaba; pero vivía muy a gusto. Si no es por la guerra, se queda aquí. Su ayudante era Sáenz de Heredia, que era compañero de mi hermano Antonio. Luis estaba encantado con él; además, firmaba las películas. En esa época nos veíamos a diario. Luis era muy hurón, muy solitario y retraído. Hicimos viajes juntos. Fui muchas veces a comer a su casa: ni una sola vez comió su mujer con nosotros. ¡Siendo francesa, donde las mujeres mandan tanto! Esto del machismo lo llevaba dentro, le era consustancial. Nunca le comentaba nada de su trabajo.

### **La República**

A mí me cogió en Sevilla. La voté y la recibí con ilusión. Federico era lo más apolítico del mundo, no le interesaba nada la política. Y Alberti, hizo falta que conociera a María Teresa León para que se hiciera comunista; a él antes todo eso le importaba un bledo. Luego sí, se metió de hoz y coz. Se metió tanto, dio tantos mítines... Fue huésped de Gorki. Stalin les invitó a tomar el té. Cuando volvieron de Rusia, un mes antes de empezar la guerra, me llamó por teléfono. Yo acababa de volver de Sevilla; quedamos en vernos y me contó de dónde venía. Yo les preguntaba, quería que me contasen cosas. María Teresa se reía mucho, pero no me dijeron nada. Si acaso que Stalin era como tú y como yo. No dijeron nada. De cosas de contenido no dijeron nada, con la amistad que teníamos. Se ve que era una consigna del partido.

### **Bergamín**

Me quería mucho. Era tan mordaz como cuentan, y más. Para el que él no quería, era mal enemigo. Era un católico especial, un republicano especial. Pepe era muy especial. Resulta que muere en San Sebastián, va el feretro envuelto en la ikurriña y lo llevan unos de Herri Batasuna. También fue comunista especial. Estaba contento de sí mismo, sabía muy bien quién era.

### **La tertulia de Azaña**

Fui durante años a la tertulia de Azaña, en el Café Regina. Era un hombre muy difícil. Algunas veces aparecían Valle y Díez Canedo; también un amigo de Azaña que se llamaba Sindulfo, que nunca supimos quién era ni lo que hacía. Azaña era apagado, muy extraño. Su encumbramiento político no lo esperábamos nadie. No le conocía nadie. Tengo de él buen concepto, pero con muchas limitaciones. Como político me parece nefasto, como presidente de la República no digamos, un desastre: falta de presencia de ánimo, de valor. Con Besteiro hablé yo de esto. Un día vino Azaña a nuestra habitación de la Residencia, y Federico se empeñó en leerle mis cuentos. Leía de una manera increíble. A Azaña le gustaron y dijeron que se parecían a los cuentos de lord Dunsany; yo no sabía quién era. Hace sólo un mes que he leído algo de este señor Dunsany y he podido deducir que ni Federico ni Azaña lo habían leído nunca. Como escritor es como me gusta. Como discursador me parece bueno. Era el principal enemigo de Ortega, no podía verlo. Cada vez que lo nombraban tenía que soltar algo contra él. Es cuestión de celos literarios, no tienen nada que ver las ideas. Ortega triunfa totalmente y a Azaña lo han leído catorce y el de la guitarra. Era sólo eso.

### **Besteiro**

Durante la guerra iba a verle una vez a la semana. Era gran amigo de mi padre. Durante la guerra estuvo muy mal de salud. Era tuberculoso, estaba en su sillón de orejas, apagadito. Me acuerdo de que en aquella época de carestía de todo me daba

una taza de té y dos galletas. Le juro a usted que iba con la ilusión de ver a don Julián, pero también por las dos galletas. El hambre es horrible y obsesiva. Allí me contó que le había invitado el Gobierno a ir a Barcelona. Fue vía Valencia y luego en avión a Barcelona. Esto nos contó, a mí y a Alfonso García Valdecasas, de cómo llegó a Barcelona: nadie le recibió; «Prieto —le dijeron— no ha podido venir». Se fue al hotel. A la hora de cenar le dijeron que estaba Prieto abajo. Subió a su habitación, le abrazó casi llorando y le dijo: «Aquí estamos todos prisioneros». «¿Qué dices?» «Aquí el que manda es Negrín; los demás, nada. Tengo dos policías espíandome.» «Me ha citado mañana Negrín», le informó Besteiro. Prieto, sin decir nada, se fue con el rabo entre las piernas. Al día siguiente le recibió un Negrín borracho, abotargado, vociferante: «¡Venga usted, amigo, un abrazo, no se deja usted ver!». Besteiro, siempre tan serio, pretendió hablar del asunto que llevaba. No pudo decir nada. Se marchó sin nada. Con estas mismas palabras nos lo contó un mes antes de terminar la guerra. En ese mismo viaje fue a visitar a Azaña. Y éste le recibió llorando: «¡Ay don Julián! No se marche usted, estamos con un loco al frente del gobierno —a Negrín le tenían horror—. Me mandan un helicóptero para enloquecerme, ahí arriba dando vueltas todo el día». «Usted puede dimitir», le insinuó Besteiro. «No puedo hacer nada; si dimito, me matan.» «Existen momentos en los que hay que jugar la vida», le espetó. Don Julián regresó totalmente desinflado, abatido. Con Casado, hizo lo que se pudo hacer con toda honestidad y valentía. Se pudo haber marchado y no lo hizo.

### Después de la guerra

Pocos meses después de acabar la guerra, vino a verme a mi casa, en la calle General Goded, una persona muy simpática, muy grata, de buena presencia y buena cabeza. Hablamos largamente. «Usted no pertenece —me dijo— a la Falange. ¿No le interesa?» «No, no lo he sido nunca y ahora, con la guerra acabada, me parece un oportunismo. Sin embargo —le dije—, si usted tiene algún valimiento, y parece que sí, hay una cosa que quería decirle: el asunto García Lorca les va a caer encima. En abril de 1939 están a tiempo de enmendar en gran parte ese disparate. Ya sé que no es de ustedes, que fue una banda de incontrolados, pero a ustedes y al Régimen les va a traer consecuencias gravísimas. Están a tiempo de erigirle una estatua, de abrir un teatro García Lorca. Y si no lo hacen, verán lo que les viene encima.» También le dije: «He tratado durante toda la vida a don Julián Besteiro, y lo tienen ustedes en una cárcel en Carmona; está para morirse, se les morirá en la cárcel; será para ustedes horroroso». Se lo solté todo. A los veinte días moría Julián Besteiro. Falta de política, no sé. Le hablé así porque vi una persona muy receptiva.

### Wagner

No por encima de Beethoven, porque Beethoven es la música. Después de él, con mucha diferencia sobre los demás, Wagner es mi favorito.



Encima de la caseta, Pepín Bello, con sombrero, y Rafael Alberti.  
Al fondo, también con sombrero, Pedro Salinas. Sevilla, 1931

**Tradición ágrafa**

Yo he escrito mucho, he roto mucho. Poesía, jamás. He escrito cuentos. Unas cosas son de hace sesenta años, otras de hace treinta. No he escrito nunca con ánimo de publicar. Lo hice para los amigos, para reírnos, por pitorreo. Alberti y yo escribimos el drama aquel, *El pobre*; era una comedia que duraba media hora. Se iba a estrenar en El Mirlo Blanco, en casa de Baroja, un chalé muy hermoso. La única condición que ponían era que la obra tenía que representarla el autor. Don Pío escribió una cosa muy graciosa que le vi representar, *El boticario Pantalón*. Lo hizo muy bien: allí estaba don Pío en bata y gorro de estar en casa. Nuestra pieza la leyó Alberti —que no lo hacía demasiado bien— y fue admitida. Se quedó que sería en la temporada siguiente, pero al año el teatro de don Pío se disolvió. Por allí acudían Cipriano Rivas Cherif y don Manuel Azaña.

**José Méndez\***

---

\* Dirección para correspondencia: [josemendez@atfcomunicacion.com](mailto:josemendez@atfcomunicacion.com)

# Visita de Ricardo Wagner a Burgos (una carta a Alfonso Buñuel)

José Bello Lasierra

## *Un texto inédito de Pepín Bello*

*Se presenta en este homenaje un texto inédito de José Bello Lasierra (Huesca, 1904-Madrid, 2008), conocido en el mundo de las artes y las letras como Pepín Bello.*

*Es el texto de una carta fechada en la ciudad de Burgos el 22 de mayo de 1952 y dirigida a Alfonso, que no es otro sino Alfonso Buñuel, hermano menor de Luis, el famoso director de cine, ambos aragoneses, como Pepín, y grandísimos amigos suyos. Este largo texto epistolar podría llevar el título de Visita de Richard Wagner a Pepín Bello, porque se trata, en efecto de un relato de este último a su amigo Alfonso, apasionado wagneriano, como Pepín.*

*En él se cuenta una supuesta o imaginada visita del gran compositor alemán a Castañares, pueblo cercano a Burgos donde residió Bello desde poco después de la guerra española de 1936-1939 hasta 1953, fecha en que regresó a Madrid. Por invitación suya, el autor de la ópera Tristán e Isolda viaja a España y hace un poco de turismo por el entorno de Burgos, solo o acompañado de Pepín.*

*Es curioso comprobar que el año 1952 Ado Kyrou publicó Surrealismo en el cine, pues el texto de Pepín es, sobre todo, surrealista.*

*No podemos olvidar que, junto con Lorca, Alberti, Buñuel o Dalí, Pepín vivió la fuerte eclosión del surrealismo en Madrid, contemporánea de la que, con Bretón, Ernst, etc., se estaba produciendo en París.*

*La Residencia de Estudiantes, en la cual Pepín había adquirido la civilizada formación que imprimía a sus alumnos la Institución Libre de Enseñanza, fue un centro capital para las vanguardias madrileñas de la década 1921-1930.*

*Como es sabido, el autor de Tannhäuser no estuvo nunca en España, a diferencia de su suegro Franz Liszt, pero se sintió muy atraído por nuestro país. Entre sus autores favoritos está el famoso dramaturgo Pedro Calderón de la Barca, uno de los primeros en aplicar la música y el canto al teatro.*

*La recepción de la obra de Wagner en España fue espectacular, y Madrid (y aún más Barcelona) se precia de haberse adelantado en eso a otras capitales europeas. Sin embargo, su inesperada muerte impediría a Wagner un deseado viaje a España. Pero Pepín Bello lo hace posible, a pesar de situarlo casi setenta años después del óbito del genial compositor. Lo invita a su casa*

de Castañares, y Wagner acepta la invitación, dando lugar a un relato modélico dentro del movimiento surrealista.

*Pepín Bello debe ser considerado uno de los introductores del surrealismo en España, como puede verse en sus Anaglifos, incluidos en una carta a Ignacio Sánchez Mejías del año 1924 y publicados por la Residencia de Estudiantes en el librito En recuerdo de Pepín (2008). Allí confirmamos que permaneció fiel a ese movimiento, pues en el mismo pequeño volumen se publica un «Cuento putrefacto», datado en 1989 y dedicado a un sobrino nieto que es una joya en su género.*

*Por otra parte, sabemos que Pepín Bello ofreció muchas ideas para la elaboración, junto con Salvador Dalí y Luis Buñuel, del guión de la película Un chien andalou, que se proyectaría por vez primera en el Studio des Ursulines de París, el 6 de junio de 1929.*

*Como hemos apuntado, el año 1924 Pepín envió al torero y escritor Ignacio Sánchez Mejías sus Anaglifos, justamente el mismo año en que André Bretón publicaba Manifiesto del Surrealismo. Esa coincidencia en la fecha otorga a José Bello Lasierra, aunque a causa de su congénita modestia y señorial carencia de vanidad no lo proclamase, ocultando siempre su nombre, un lugar preeminente en el nacimiento del surrealismo.*

**Andrés Ruiz Tarazona**

\* \* \*

Burgos, 22 mayo 1952

Querido Alfonso: el miércoles llegó Wagner. Con anterioridad me había escrito anunciándome su llegada y su estancia aquí conmigo durante unos días. Excuso decirte mi alegría. Bajé a esperarle. Vino en el mixto de Miranda a las 3 y media de la madrugada. El encuentro en la estación puedes imaginarte que no carecía de emoción para mí. Él no me conocía. Yo a él... ¡quién desconoce al gran Ricardo Wagner! En cuanto le vi en la ventanilla me acerqué con el corazón palpitante. Nos abrazamos. Aunque yo temía este primer momento, todo se deslizó y se sigue deslizando dentro de la mayor cordialidad. Es un hombre encantador. Mis recelos y mis temores se disiparon como por encanto. Por lo pronto —cosa que yo ignoraba— habla el español perfectamente. Lo aprendió hace ya años cuando estuvo sirviendo al Rey en Barbastro. Pero no quiero adelantarte noticias. Continuaré con la llegada del Maestro. En la estación, con un frío que pelaba, permanecemos un gran rato hasta que sacaron su baúl, que traía fac-

turado. A la mano no llevaba más que una gran sombrerera y la bolsa de la merienda comprada en Castejón. En seguida tomamos mi coche y nos vinimos a Castañares.

Te aseguro, Alfonso, que no sé por donde empezar para contarte de la personalidad de este gran hombre. Aun a fuer de pesado prefiero seguir un orden cronológico intercalando mis impresiones, por lo que valgan.

Cuando nos abrazamos en el andén aprecié al momento el aspecto físico de este hombre cuya imagen conoce el mundo entero. Es bajo de estatura, pequeñísimo; le llevo yo —que no soy alto— más de la cabeza. Pero está bien proporcionado. Esa misma cabeza grande y algo abultada, se asienta firme sobre su menudo busto. Todos los movimientos y gestos (es muy gestero) son en él rápidos, nerviosos y muy graciosos. Es rubio, con ojos azules, inteligentes, risueños y llenos de bondad. La barba —¡esa barba de Wagner!— es quizá lo más personal en su persona. Es decir, lo más personal, no. Lo más personal es su atuendo. Se tocaba con una gran boina de terciopelo negro, enriquecida con un precioso camafeo etrusco de lapislázuli. Luego, llevaba liada al cuello una enorme toquilla, más bien tapabocas, de cachemira, color corinto. El cuerpo se abrigaba dentro de amplio, pero corto abrigo o zamarra de martas cibelinas. El pantalón, única parte del traje que se veía, de terciopelo negro, muy estrecho y con trabillas bajo las botas. Estas, como los guantes, de ante con bordados gris en las mangas, lazos de seda y en el pecho varias rutilantes y ricas condecoraciones de todo el mundo.

Todavía en el andén, me cogió del brazo y me dijo con su gracioso acento español un poco baturro:

—Querido Pepe, me vas a permitir que te tutee.

—Como Vd. guste, D. Ricardo —dije confuso y agradecido.

—Nada de D. Ricardo ni de maestro. Me vas a llamar Wagner. Es lo primero que advierto a la gente, que me llame Wagner a secas. Estoy cansado de fórmulas protocolarias.

Semejante principio me encantó, y desde ese momento presentí una cordialísima amistad con este hombre genial.

Llegamos a casa. No fue cosa fácil traer el inmenso baúl en el coche. Aquí pude ya a mis anchas observar su figura y atuendo. Aparenta unos 60 a 62 años. Tiene la voz de tenor y muy sonora. Habla mucho y jovialmente acompañándose de un constante tamborilear de los dedos sobre el mueble u objeto más próximo. Las manos son una de las cosas más expresivas de este hombre: pequeñas, blancas, finísimas, sin momento de reposo y materialmente cubiertas de sortijas, anillos, tumbagas, pulseras. Es curioso, todavía se disculpó ante mí por presentarse tan sencillamente alhajado. «Para viajar —me dijo— no puede uno ponerse todo lo que le gusta y necesita. Mañana me verás de otra manera», añadió.

Eran las cinco de la mañana. Previsor, había mandado tener dispuesto café caliente y unos bocadillos para el viajero.

—Sí —dijo el Maestro—, tengo apetito, pero nada de jaleos y molestias a estas horas. Aquí traigo lo que me ha sobrado de la cena que compré en la fonda de Castejón, que nos lo vamos a comer tan ricamente.

—Como Vd. Quiera Don Ri..., digo, Wagner, que yo también tengo apetito.

—Pues eso es lo principal. Yo soy hombre de buen diente y a eso debo mi excelente salud y ganas de trabajar. «An beer nich gegeniber ronegh, paakneurut sehaft», que dicen en mi tierra.

—Por lo pronto, Wagner, tengo que hacerle presente mi agradecimiento al aceptar mi invitación para venir a pasar unos días a Castañares. ¿De dónde viene Vd. ahora?

—De Calanda. Hacía años que tenía la ilusión de ir a aquel pueblo en Semana Santa a tocar el tambor. Lo he pasado divinamente, pero me ha fallado lo mejor. No he encontrado a Alfonso allí. Aunque no lo conozco personalmente, me he escrito mucho con él y le tengo una gran simpatía. Conocí hace muchos años a su padre en Paris y fuimos grandes amigos. ¡Qué excelente persona Leonardo! Me regaló un jipi que todavía conservo. En aquel entonces estaba soltero Leonardo, y como era joven, rico y bien parecido, nos dabámos la gran vida, pues yo también comenzaba entonces a ganar dinero. Recuerdo que como los dos eramos muy aficionados a las joyas... Pero no quiero cansarte con antiguallas. Pues sí, en Calanda, lo he pasado muy bien. José (José Rebullido) me ha hecho los honores con gran esplendidez. Al marcharme, y en agradecimiento, le he regalado un encendedor.

Voy notando que el Maestro no llama a nadie por su apellido, sino solamente por el patronímico. Es un rasgo que delata su carácter inmediato y campechano.

Para ir orientándome comencé por preguntarle si conocía Burgos.

—No —me contestó—. Por esta parte no había pasado de Logroño. El año 81 —cuando el Barranco del Lobo— fui para San Fermín a Pamplona y luego me di una vuelta por la Rioja. ¡Buen vino y buenas ensaladas!

—Pero Vd. estará cansado del viaje y además es muy tarde. Si le parece nos acostamos. Venga y le enseñaré la habitación.

Me pareció oportuno cortar el diálogo.

En su cuarto tenía ya el baúl y la gran sombrerera.

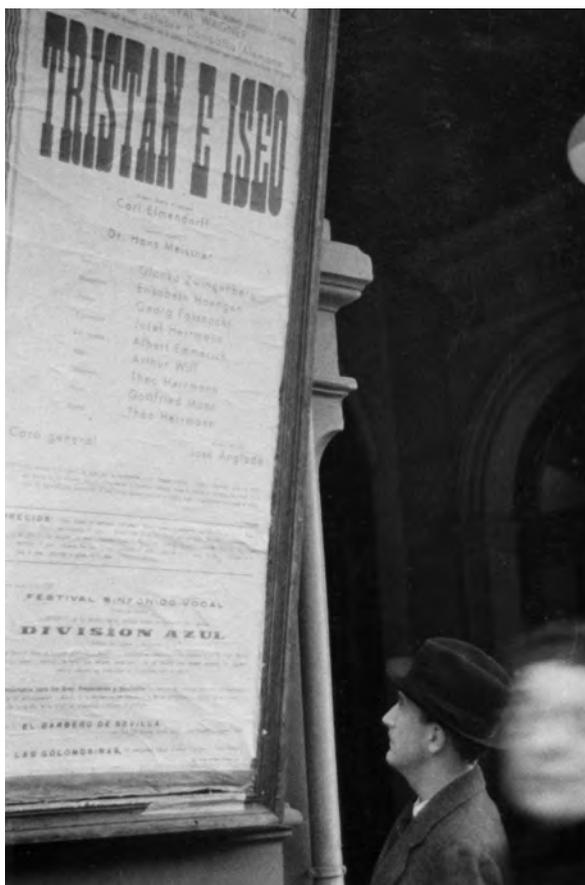
—Si no te importa —me dijo— me vas a ayudar a poner mi ropa en el armario.

Así lo hice con toda solicitud. ¡Qué ropa! ¡Qué maravilla de vestidos y adornos! Con un respeto casi religioso iba yo cogiendo aquellas prendas que él me tendía y depositándolas cuidadosamente en el armario. Deshizo un paquete envuelto en papel de periódico y me dijo:

Retrato enmarcado de  
Richard Wagner que  
José Bello conservaba  
en su casa



José Bello ante el cartel  
de una representación  
de *Tristán e Isolda*, s. f.



—Estas fotos las llevo siempre conmigo y tengo buen cuidado de colocarlas en mi mesilla de noche. Esta es —dijo mientras me las mostraba— Cósima, y esta... —y me guiñó un ojo. Eran un par de soberbias fotografías preciosamente iluminadas—. ¿Tú no tienes novia?

Así seguimos hablando y viendo las curiosidades que traía en su equipaje lo menos dos horas. Por último nos despedimos. Me abrazó, me besó. Me fui a mi habitación.

A los cinco minutos le veía de nuevo.

—¿Tienes tabaco? Se me ha olvidado comprar y yo por la noche sin fumar soy hombre al agua.

A la mañana siguiente, desde mi habitación, le oí cantar. Entonaba una musiquilla de moda, muy en boga, pero desafinando horriblemente. «Tengo mal oído» me había dicho.

Desayunamos juntos. Todavía no se había vestido y llevaba una «tenue» de mañana, admirable. Un gorro o cofia de encaje blanco, peinador, también blanco, materialmente encajado de pasacintas azul pálido; por debajo asomaban unos pantalones de raso heliotropo con encajes, y guardaba sus pies dentro de unos chapines de medio tacón de tafilete verde, guarnecidos de hermosas hebillas de plata oxidada. Iba cuidadosamente afeitado y fuertemente perfumado con una deliciosa esencia. En sus manos, cuello, orejas y pecho lucía raras y costosas joyas y condecoraciones.

Salimos a dar un paseo por la finca. La mañana era hermosa.

—¿Tienes bicicleta? —me preguntó—. Me gustaría dar una vuelta. ¿Esta carretera adónde va? Además tu tendrás que hacer y yo no he venido a distraerte. A la hora de comer volveré. A las 2, eh?

Le di mi bicicleta, pero no llegaba a los pedales.

La de mi sobrino Teve era su medida.

—Superior. Voy a llegarle hasta Villafría.

Le vi partir y quedé un tanto preocupado pensando en el efecto que iba a causar a la gente vestido de aquella manera a su edad y en bicicleta de niño... ¡No iba a ir explicando que era Wagner!

En casa preparé el gramófono para cuando regresara D. Ricardo. Puse un disco del final del «Ocaso» cantado por la gran Kirsten Flagstad. En efecto, a las dos en punto sonó el timbre. Tuvo la ocurrencia de llamar con el «una copita de ojén». Rápidamente puse el gramófono en marcha y acudí presuroso a abrirle. Venía sudoroso y cubierto de polvo, pero jovial como siempre. Se sentó en un sillón mientras se limpiaba el sudor con un primoroso pañuelo de batista bordado y con encajes.

El final de «Maestros» estaba en su apogeo.

—Si no doy un frenazo me caigo la gran costalada por culpa de un maldito perro. ¿qué marca es la bici?

Nos sentamos a comer. Yo quería obsequiarle con una comida wagneriana, pero aquí no saben hacer el clásico pato con dulce de manzana. Hube de prepararle algo parecido, que fue conejo con carne de membrillo. Después, otro plato que pensé sería de su gusto: ensalada de costillas. De postre, turrón y escabeche.

Después de comer nos sentamos a charlar.

—Si le parece, Wagner, podemos llegarnos esta tarde a Burgos y visitar la Catedral, las Huelgas, el Museo Arqueológico... Creo que le interesará.

—Ah, sí, mucho, pero lo podemos dejar para otro día. ¿Tienes caña de pescar? Podríamos llevarnos la merienda y en esos sotos junto al río lo pasaríamos tan ricamente. En Leipzig, por las tardes durante el verano, cojo la tartana y me voy de merendola con el pretexto de echar los anzuelos. Acostumbra a venir Krause, un suboficial del ejército que tiene la gracia por arrobos. ¡Si te contara! Otro en la trinca es Mauher, dueño de un comercio de ultramarinos. Otro Sternlek, el relojero... Cuando anochecido regresábamos al pueblo la única que iba serena era la mula que tiraba de la tartana.

Una tarde, mientras el maestro leía atentamente no se qué noticias de ascensos en el «Diario de Burgos», pensaba yo cómo abordar mi tema predilecto: La Música. Le pregunté qué opinión le merecía el movimiento musical actual en Europa.

Montorio —me dijo— es sin duda uno de los valores más sólidos del momento pese al forzado hipérbaton de que se deja llevar a través de su obra. Sobrepasa a Donati en inspiración y es un Debussy en la perfección técnica. En su primera época hacía pensar que no se podía librar de la influencia de los clavecinistas italianos. Pero me parece que te estoy dando la lata con esta maldita manía mía de la música.

—¿Quieres que vayamos al cine? Te convidó, Pepe —me dijo una tarde.

Y allá nos fuimos. Por suerte ponían «A mí la Legión» de Entrecanales y Távora. Wagner se tronchaba de risa en los pasajes jocosos (que son muchos y buenos) y no apartaba el pañuelo de sus ojos y nariz en los trances sentimentales. No obstante, al final hube de despartarle.

—Buen sueño nos hemos echado, amigo —no pude por menos de decirle.

—Sí, chico, creo que desde aquellas deliciosas siestas en el Palacio de Luis II de Baviera no había dormido mejor. Mira, en Alemania, con tanta fábrica, tanto invento, tanto soldado, tanto libro, tanta cerveza y tanto nibelungo no hay quien duerma. Por eso yo me he hecho mi casita en Wahnfried y ahí me las den todas.

Otro día le llevé a la Catedral. Le gustó mucho, pero le opuso algunos atinados reparos.

—En estos templos de la antigüedad —me dijo— faltan muchas comodidades y en cambio sobran otras cosas. Mucho retablo, mucho retablo, y los canónigos no tienen dónde vivir.

Me ha hablado también el Maestro de sus proyectos para el futuro. Aunque no pien-

sa dejar su casa de Venecia, quiere pasar largas temporadas en América, preferentemente La Habana, donde tiene unos primos. Le ronda también por la imaginación un asunto muy complicado, que yo no entendí bien, relacionado con exportaciones compensadas «en derung» de juguetes y medicamentos específicos.

—En el interior de China, por ejemplo —me dijo— no conocen las ventanas. Tienen en su lugar unas cosas que ellos creen ventanas, pero que no son en realidad más que unas ventanas muy rudimentarias.

(Bueno, Alfonso. Te estaría contando y no acabaría de este admirable Ricardo Wagner. Sé, además, con el gusto que escuchas todo lo que con él se relaciona, pero esta carta se va haciendo demasiado larga y debo terminarla).

Ayer, último día de estancia aquí del Maestro (se ha marchado hoy a mediodía) estuvo especialmente genial.

Me contó chistes; imitó personajes; cantó en alemán, italiano y latín, acompañándose de bandurria. Por último, nos fuimos a la era del pueblo, donde había baile, y fue el centro de la fiesta. Bebimos mucho. Don Ricardo llegó a casa dando trapiés y se acostó sin cenar.

Esta mañana me ha extrañado no oírle. Me he asomado a su habitación y no estaba. Le he encontrado en el despacho sentado ante una mesa llena de papeles, trabajando sosegadamente.

—Buenos días, Wagner ¿qué tal ha descansado?

—Buenos días, caballero. He dormido perfectamente ¿y Vd.?

Su aspecto y su tono eran de imponente gravedad. Vestía un pulcro y sobrio traje negro y su mirada y parcos ademanes eran completamente nuevos para mí. Me quedé mirándole sin saber qué decir. Él, como si yo no estuviera, volvió a engolfarse en su trabajo. Me llamaron al teléfono y fue el pretexto para retirarme. Era el Gobernador Civil que, noticioso de la marcha de Wagner al poco rato, pedía la venia del Maestro para venir a saludarle y despedirle. Acababa yo de colgar el auricular cuando volvió a sonar el timbre. Era el Arzobispo manifestando el mismo deseo. Luego, el Presidente de la Diputación. Después el Capitán General, el Gobernador Militar, el Alcalde, El Presidente de la Cámara de la Propiedad, el de la de Comercio, el del Orfeón Burgalés, el del Círculo «El Recreo», el Jefe de Industria, los Directores de la Normal e Instituto, Directores de los periódicos de la localidad. Finalmente también llamaron con el mismo objeto representaciones de las fuerzas vivas, Hermandad de Labradores, Peña Cidiana, Instituto Fernán González, Prior de la Cartuja, Colegios de Médicos, Abogados, Notarios, Procuradores, Arquitectos, Directores de la Banda Municipal y de varios Regimientos; Abadesa de las Huelgas, Delegado de Hacienda; Jefe de Obras Públicas, Director del Matadero, Comisión del Frente de Juventudes, Cupón pro ciegos, Delegado de Hacienda, Comisión de la RENFE, Cronista de la Ciudad...

Cuando dejé el teléfono, un tanto aturdido, oí fuera, en el jardín, confuso rumor de autos, bocinas y voces. Salí y quedé estupefacto. Infinidad de automóviles se hacían por los alrededores; una Compañía del Regimiento de San Marcial, en traje de gala, con bandera y música, formaba junto al paseo; ante la puerta de casa, una muchedumbre de personalidades, los militares, de gran gala, y los civiles, de rigurosa etiqueta, esperaban al Maestro.

Cuando entré a buscarle se disponía ya Don Ricardo a salir. Me tendió la mano mientras me miraba dulcemente.

—Muchas gracias por todo, caballero. En adelante, cuénteme Vd. entre sus mejores amigos. Adiós.

Besé lleno de emoción aquella mano y las lágrimas humedecieron mis ojos.

(Renuncio querido Alfonso, a describir aquellos últimos instantes. Ni tengo pluma para ello, ni conservo tampoco una idea clara de tan alto momento, por hallarse mi espíritu totalmente conturbado. Me limitaré a informarte sucintamente).

En el momento de aparecer el Maestro en la puerta, todos se descubrieron o saludaron militarmente. Algunos de los presentes se arrodillaron. Un toque de corneta y las fuerzas presentaron armas. La banda atacó la aparición del Rey Marke del acto I del «Tristán».

El Maestro me pareció entonces enorme y sobrecogedor. Un Júpiter en su Olimpo no resultaría más imponente.

Saludó a todos con exquisita cortesía no exenta de empaque. Besó el anillo al Sr. Arzobispo y este le besó a su vez la mano a Don Ricardo.

Abreviaré. El Maestro entró en el coche del Capitán General y partió. En pos de este siguieron todos los demás automóviles.

A los pocos minutos quedó Castañares solitario y silencioso como si nada hubiera pasado. Yo entré en casa con honda impresión de soledad, desconcierto y melancolía.

Me senté ante la mesa que poco antes ocupara D. Ricardo y quedé alelado no sé cuanto tiempo. En el cesto había unos papeles rotos. Los cogí maquinalmente. Era letra del Maestro. Leí con avidez ... «una crisis más fuerte que aquella que me dio en Interlaken...»; «... tú me conoces y sabes lo preocupado que me marchó pensando lo que el Sr. Bello pensará...».

De repente se me cayó de ante los ojos el velo que empañaba mi mirada. Vi claro. Todo quedaba explicado.

Pero aquellos papeles rotos eran sin duda una carta. ¿A quien iría dirigida? Cogí nerviosamente los trozos de papel y leí febrilmente. ¡Ah, sí, aquí estaba! La preciosa letra de Ricardo Wagner dibujaba amorosamente estas dos palabras. «Adorada Matilde...».

Que escribas. Tremendos abrazos.

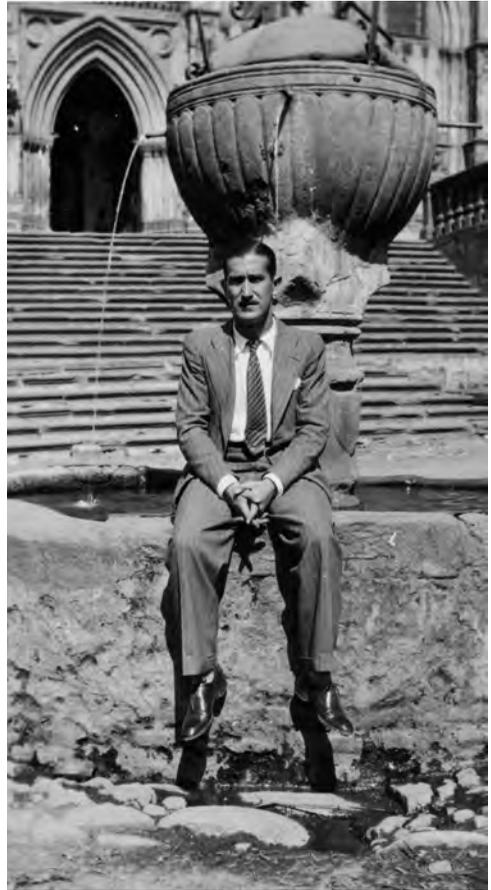
**José Bello Lasierra**



En La Barca de Vejer (Cádiz), 1935



En Sevilla, 1930



En Guadalupe (Cáceres), 1930



Con Severino Bello, el 23 de mayo del 2007. Archivo de la Residencia de Estudiantes



Con Rosa Ruiz Tarazona, *Tota*, el 16 de mayo del 2007, en la presentación del libro *Ola Pepín!* Archivo de la Residencia de Estudiantes

## Mi tío Pepín\*

Severino Bello

**D**e todos los que participan en este homenaje, el que más suerte he tenido en la vida he sido yo. Porque he convivido con Pepín íntimamente, en la más alta intimidad, como la de un padre y un hijo, durante sesenta y cinco años, lo cual ha sido una maravilla. Si he profundizado algo en mi vida en el arte, ha sido gracias a él; en la poesía, gracias a él; en la literatura, gracias a él. Es decir, si me he interesado algo por la cultura, ha sido gracias a mi tío Pepín Bello.

Pepín, desde pequeño, estuvo influido por su padre, y por Giner de los Ríos, en el liberalismo más profundo. Mi abuelo era un gran liberal en todos los aspectos de la palabra. Entró en la Residencia, y todo lo que le rodeaba era prácticamente un halo de libertad, de liberalismo y de cultura. Antes de la guerra, en la que él sufre mucho, casi todos sus amigos de Sevilla son liberales: Joaquín Romero Murube, el mismo torero Ignacio Sánchez Mejías... Se une con todos ellos. En la posguerra, antes de marcharse a Burgos y ya de vuelta de Burgos, sus grandes amigos indiscutibles son Antonio Garrigues y Díaz Cañabate y Fernando Chueca Goitia, de cuyo liberalismo nadie puede dudar. Pero pasa como dijo Molière, me parece que fue Molière, que con la edad te entra el conservadurismo. Es lo que le ocurrió a él, con la edad se volvió más conservador. Pero creo que él estaba totalmente lleno de liberalismo, en su manera de pensar, en su manera de comprender la vida, en su manera de querer a sus amigos, en su manera de querer a su familia y sobre todo en la manera de querer a España. Él se consideraba muy español y quería mucho a España, pero a esa España de Ortega, que fue para él el hombre más admirado. Esa profunda España es la que él quería.

Pepín tenía una vida interior muy fuerte, sobre todo cuando vivió solo en Burgos. Estuvo allí muchos años en soledad, y empezó a «darle vueltas al coco». Recuérdese la famosa carta a Alfonsito Buñuel cuando le fue a visitar don Ricardo Wagner. A propósito, una cosa que no le he perdonado nunca a mi tío es que Ricardo Wagner, como no tenía otra bicicleta, cogió la mía, una bicicleta de un niño de siete años, y la estampó,

---

\* Este artículo recoge las palabras del autor en el homenaje *En recuerdo de José Bello*, celebrado en Madrid, en la Residencia de Estudiantes, el día 19 de febrero del 2008.

y ninguno de los dos me la arregló. Cuando vi la bicicleta, Pepín me dijo «Ha sido don Ricardo». «Bueno —dije—, pues ha sido don Ricardo»..., y me quedé sin bicicleta.

El General Picalimas es uno de sus personajes, como el Taf Taf, como el Rajá de las Campánulas o el Rajá de Ranchipur. A mí me contaba historias sobre ellos cuando era pequeño. El General Picalimas era su preferido. Era un general que siempre tenía noventa y tres años, siempre. Vivía en un chalecito a las afueras, cerca del Manzanares. Se levantaba por la mañana, montaba a pelo en su caballo blanco, que se llamaba *Centella*, llegaba al río, con una piedra rompía el hielo y se bañaba. Luego, en braguillas, volvía y, a cuatro o cinco bajo cero, se tomaba un bocadillo de guindillas, cogía una flauta y tocaba aires de la tierra. Y luego ya salía a hacer el bien por el mundo. Tenía un criado, Moños, que dormía en el felpudo de la entrada, iba vestido con piel de camello y llevaba una cachava.

Otro personaje era el Taf Taf. Cuando llegaba el buen tiempo al norte de España —le gustaba más el norte, la parte de San Sebastián, Santander, Gijón, La Coruña...—, aparecía un cadillac verde descapotable tapizado de verde, con un personaje con una boca parecida a la de un cocodrilito, también verde, perfectamente vestido con un sombrero verde y una pluma verde. Taf Taf venía de los lagos africanos y se dedicaba a salvar a las gentes en la playa y... Bueno, habría muchas otras cosas que contar. Cuando volvía el frío, Taf Taf, se encogía, se metía en el coche y bajaba para África, donde vivía el resto del año por un lago cerca de Tanganica o algo así. Inventó una manera de nadar, el estilo perro: haces con las piernas ¡taf taf!, ¡taf taf! De ahí le vino el nombre.

Alberti y él hicieron una obra de teatro, que estrenaron en casa de Pío Baroja, en Madrid; se llamaba *El pobre*, y era una imbecilidad total y absoluta. No se conserva, pero él me contaba cómo era. El embajador de Egipto en Madrid se llamaba Sadam Salem, y ese nombre les hizo mucha gracia. El pobre era Alberti y estaba siempre sentado en una tapia. Pepín, disfrazado de soldado, pasaba por delante. El pobre cantaba una cancioncilla: «Sadam Salem», y el soldado respondía «Barden, Barden», con la música de *La viuda alegre*, de Franz Lehár. Al cabo de un rato aparecía un cura —Pepín de nuevo—, que también pasaba por delante del pobre. Y al poco, una niñera que iba vestida con cofia —Pepín otra vez— pasaba delante del pobre. Y ambos solamente cantaban su cancioncilla.... Pío Baroja se indignó tanto que los echó a los dos de su casa.

Intervino, y mucho, en *Un perro andaluz* con sus ocurrencias e imágenes. Y palabras famosas, como *anaglifos*, *carmuzo*..., son todas de Pepín. *Carmuzo* es una palabra completamente aragonesa. Porque aunque la verdad es que vivió muy poco en Aragón —vino muy joven a Madrid, a los once años—, llevaba a Aragón muy metido dentro.

Severino Bello\*

\* Dirección para correspondencia: [bile@fundacioninger.org](mailto:bile@fundacioninger.org)



En Jerez de la Frontera (Cádiz), años treinta



Con José García Velasco en la Residencia de Estudiantes, mayo del 2004.  
Foto Luis Magán / *El País*

## Seguir a Pepín Bello: epicureísmo y tradición liberal\*

José García-Velasco

**H**an pasado los días, los meses, desde la muerte de José Bello Lasierra (Pepín, nuestro Pepín Bello, aunque no le gustara que se le llamase así) y, en todo este tiempo no ha dejado de acompañarnos.

Se fue, con la misma discreción con la que le gustó vivir, con la placidez con la que solía comportarse, una de las personalidades más extraordinarias que he tenido la suerte de conocer y de querer y ser correspondido. Le empezamos a frecuentar a principios de 1987, nada más iniciar el proyecto de recuperación de la Residencia de Estudiantes. Desde entonces, Pepín, con la generosidad y llaneza con que trataba a todo el mundo, se convirtió en una presencia asidua y volvió a ejercer como «espíritu de la casa», lo que nunca había dejado de ser. Poder contar asiduamente con algunos de esos «espíritus», como Pepín, ha sido esencial para nosotros, al llevar a cabo lo que Jiménez Fraud y sus colaboradores y discípulos llamaban «la reconquista de la Residencia».

Con Pepín Bello, durante muchos años nos ha ocurrido lo que Ortega escribió a propósito de Gumersindo de Azcárate.<sup>1</sup> Todos sus coetáneos iban desapareciendo, al principio más lentamente pero cada vez eran más y más deprisa quienes lo hacían, y hubimos de ir prescindiendo de su valiosa compañía, que tanto nos ayudó en los comienzos de nuestro proyecto de recuperación. Sin embargo, la memoria de la Residencia de Estudiantes, de la Junta para Ampliación de Estudios, de la Institución Libre de Enseñanza y, en suma, de ese extraordinario período de la vida española que lla-

---

\* Para la elaboración de este artículo se han tenido en cuenta la intervención del autor en la mesa redonda celebrada en la Residencia de Estudiantes el 19 de febrero del 2008 —en la que participaron Severino Bello, Antonio Garrigues, Alicia Gómez-Navarro, Elvira González y Andrés Ruiz Tarazona— y los textos publicados en *ABC*, el 12 de enero del 2008 («Protagonista y testigo de la Edad de Plata»), y *El País*, el 19 de febrero del 2008 («Un epicureísmo ultramoderno»).

<sup>1</sup> Ortega y Gasset, José (2005): «Don Gurmensindo de Azcárate ha muerto» (*El Sol*, 25.9.1917). En *Obras completas*, t. III. Madrid: Taurus, pp. 32-33.

mamos la Edad de Plata, permanecía viva mientras Pepín regresaba, alegre portador de buenos augurios, erguido y jovial, a su querida Residencia y todos nos decíamos: «¡Queda Pepín Bello!». Ahora ya no, pues también él nos falta y, dicho a la manera de Ortega, entra definitivamente en la historia toda una época de la cultura española. De este modo, según advierte con belleza y verdad Andrés Soria en este mismo *BILE*: «Al cesar su memoria, se cierra un mundo».

Un mundo que nos hemos esforzado en recuperar, en investigar y dar a conocer, orgullosos de una tradición que había sido ocultada y negada. En este empeño ha sido fundamental contar con el archivo vivo que fue Pepín, con todo lo que nos ha transmitido y también con su afecto y el apoyo que nos ha mostrado reiteradamente y que nunca podremos agradecer bastante. En este *BILE* se reúnen algunos testimonios de la estima que nos tenía, como los expresó en otras ocasiones. Pero, al cabo, lo principal ha sido su amistad, su presencia y afecto, de los que hemos gozado más de veinte años gracias a su larga vida.

Ahora nos toca hablar de él sin contar con su benéfica presencia, su sonrisa bondadosa y socarrona, y sin escucharle esas cosas admirables que nos contaba, desgranándolas pausada pero firmemente, retazos, fragmentos de una vida extraordinaria que iban surgiendo y entrecruzándose con aspectos siempre nuevos, porque Pepín nunca repetía dos veces la misma historia, y en cada relato iban aflorando diferentes facetas, sobre Federico García Lorca —siempre Federico—, sobre Dalí o Buñuel, sobre el venerado Jiménez Fraud, sobre tantos otros protagonistas de la historia y muy especialmente de la cultura española (Unamuno, Juan Ramón, Alberti, Ortega, Valle-Inclán), sobre su querida familia o sobre el resto de su nutridísima peña de amigos.

### **Pepín Bello y los epicúreos españoles**

Emilio Lledó ha escrito que «la lectura de Epicuro sigue siendo un saludable estímulo para la defensa de la vida, del gozo, de la serenidad y la solidaridad».<sup>2</sup> De todo ello ha habido en los ciento tres años de José Bello. Una vida defendida con tanta pasión como inteligencia en medio de las terribles convulsiones del siglo XX; defendida en el puro gozo de vivir con la serenidad de quien no teme a los dioses ni a la muerte —porque sabe que cuando ambos lleguen ya no estará para recibirlos ni sufrirlos—, con el valor de quien se apoya en la solidaridad de sus amigos, que decir Pepín Bello es decir sobre todo amistad.

No es fácil condensar en unas líneas ese espíritu tan refinado como indomable, su libertad de juicio, su memoria prodigiosa, su erudición, también en materias científicas

---

<sup>2</sup> Lledó, Emilio (2003): *El epicureísmo. Una sabiduría del cuerpo, del gozo y la amistad*. Madrid: Taurus, p. 13.



Desde la habitación de D. Alberto, 1923

Para Tais García Vilarco  
con un abrazo entrañable

Tais Bello

Mayo 1997

Desde la habitación de Don Alberto, dibujo de Pepín Bello,  
1923. Colección particular

cas, desprovista de afectación o pedantería, su alegría, su loco humor, su gusto por los placeres de la vida. Pero sobre todas esas cosas, Pepín rendía culto a su mundo originario: la Institución Libre de Enseñanza, a la que le vinculaba una ilustrada y alegre familia. La Institución y la Residencia fueron siempre su horizonte moral. Pepín consideraba que don Francisco Giner de los Ríos era quien había inspirado la Residencia de Estudiantes y el causante de que él hubiera llegado a la Residencia, gracias a la relación que había entablado con su padre a través de Joaquín Costa. Alberto Jiménez Fraud no sólo le suscitaba admiración, también mucho afecto y respeto intelectual, como él mismo declaró reiteradamente, por ejemplo en sus hermosas e inolvidables palabras en la fiesta de su centenario que se recogen en este *BILE*. (Por cierto que el título que, muy acertadamente, se le ha puesto —«Mi modesto haber»—, constituye en sí mismo una autobiografía intelectual, Pepín en estado puro).

Llevo algún tiempo estudiando el epicureísmo presente en la tradición y el espíritu institucionista, siguiendo una sugestión de Pijoan, quien en su semblanza de Giner se refiere tempranamente a su «epicureísmo ultramoderno».<sup>3</sup> Algunos de los principales aspectos de la doctrina epicúrea, según los relativamente recientes estudios de Emilio Lledó,<sup>4</sup> resuenan en el imaginario y en la labor de los krausistas, pero sobre todo de Giner y sus colaboradores y, más en concreto, en el universo de la Junta para Ampliación de Estudios y en la Residencia de Estudiantes. Y desde luego se avienen admirablemente —como él diría— con José Bello. Es común a institucionistas y epicúreos el cultivo de la ciencia como condición indispensable de la autonomía y de la libertad humanas, para los institucionistas como garantía de la prosperidad y la modernización de España. Pepín se mantuvo fiel a este espíritu científico, que en él suponía un domino de conocimientos no sólo humanísticos, sino, por ejemplo, de biología y medicina, y al rigor en el que siempre ejerció su pensamiento. Sin olvidar el cuidado y respeto del cuerpo, la higiene, el culto a la belleza.

<sup>3</sup> Pijoan, José (1932): *Mi don Francisco Giner*. 2.<sup>a</sup> ed. Madrid: Espasa-Calpe, p. 57.

<sup>4</sup> En este y otros trabajos he seguido las publicaciones de Emilio Lledó, como la ya citada *El epicureísmo. Una sabiduría del cuerpo, del gozo y de la amistad* o (2006) *Elogio de la infelicidad*. Valladolid: Cuatro (5.<sup>a</sup> ed.). Sobre epicureísmo e institucionismo, véanse también García-Velasco, José (2005): «Alberto Jiménez Fraud y Jesús Bal y Gay en el jardín de Epicuro». En *Jesús Bal y Gay. Tientos y silencios 1905-1993*. Madrid: SECC, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, pp. 471-512; García-Velasco, José (2006): «Una cultura de la felicidad. Cossío y las Misiones Pedagógicas». En *Las Misiones Pedagógicas. 1931-1936*. Madrid: SECC, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, pp. 130-157; García-Velasco, José, y Azucena López Cobo (2006): «Un proyecto compartido de modernización cultural: Ortega y Gasset y la Residencia de Estudiantes». En *El Madrid de José Ortega y Gasset*. Madrid: SECC, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes; y García-Velasco, José (2007): «Un proyecto para la modernización de España». En *El Laboratorio de España. La Junta para ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas 1907-1939*. Madrid: SECC, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, pp. 159-199.

La enseñanza de Epicuro, que aspira a una «vida serena», fácil de relacionar con la «armonía» de los krausistas, caracteriza igualmente tanto la vida como la obra de Alberto Jiménez Fraud. Este es el resumen que él mismo hace de la tarea de la Residencia y del espíritu con que fue llevada a cabo, desde la perspectiva del exilio:

Pasión refrenada: un temblor expectativo bajo una apariencia serena. Así transcurrieron aquellos veintisiete años de la Residencia, en esa rígida y callada disciplina que nos ayudó a no perder ánimo en los veintitrés años de inacción y retiro que siguieron a aquéllos de acción y presencia.<sup>5</sup>

Ese mismo talante lo refleja el musicólogo Bal y Gay, otro «espíritu de la casa»:

En la conversación de don Alberto, al igual que en aquel ambiente, había una *serenidad* comunicativa que, lejos de herir el alma impulsiva del joven estudiante, la penetraba suave, suasoriamente, con una dulzura que de inmediato se traducía en auténtica dulzura de vivir.<sup>6</sup>

Amor por la ciencia y el conocimiento, respeto y cuidado del cuerpo, apertura a lo material, a la naturaleza, búsqueda de la armonía, pacifismo. Desde aquí se llega con facilidad al diálogo, a la tolerancia, al respeto al otro. «A mí no me gusta la gente que no sabe escuchar», confesaba Pepín a José Méndez en la magnífica entrevista que se incluye en este *BILE*. Para Pepín Bello lo más grande eran los amigos. Tuvo muchos y excelentes: desde luego, Lorca-Dalí-Buñuel —de los tres nos ha dejado testimonios impecables—, pero igualmente otros residentes como Emilio Prados, Juan Vicens, Juan Centeno, Rafael Sánchez Ventura... También compartió su vida con otros muchos, excelentes y de muy diferentes procedencias, como Rafael Alberti, Ignacio Sánchez Mejías, la Argentinita y su hermana Pilar López, Juan Benet, Antonio Garrigues, Antonio Díaz Cañabate, Fernando Chueca Goitia, Juan Miguel Dominguín, Lucía Bosé o Domingo Ortega.

Otro rasgo muy propio de Pepín, como lo fue de algunos de sus mentores (Giner o Jiménez Fraud), es la consigna epicúrea: «vive oculto». José Bello se empeñó con éxito en llevar una vida discreta, deliberadamente apartado, al menos desde 1936, de cualquier actividad pública. El escritor Enrique Vila Matas, considera genial el modo

---

<sup>5</sup> Jiménez Fraud, Alberto (1960): *Cincuentenario de la Residencia de Estudiantes 1910-1960. Palabras del Presidente de la Residencia Alberto Jiménez Fraud*. Edición facsímil con estudio introductorio de José García-Velasco. Madrid: Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2006.

<sup>6</sup> Bal y Gay, Jesús (1964): *La dulzura de vivir*. México: Alejandro Finisterre Editor, p. 14. La cursiva es mía.

en que Pepín Bello ha conseguido hacerse invisible, pese a estar «en todos los diccionarios artísticos» cuando abordan la vanguardia en España.<sup>7</sup> Esa invisibilidad o discreción de Pepín, su modestia, no eran afectadas. Eran fruto de su lucidez y de su elegancia. Vicente Molina Foix, en otra de las mejores entrevistas y retratos intelectuales que se han hecho a Pepín, escribe: «Bello contesta con una modestia que nunca suena a hueca ni a orgullosa», y añade: «Aparte del encanto personal, la falta de trivialidad y la inteligencia evidente, Pepín Bello impresiona por su comedida elegancia, propia del que impone las leyes en lugar de seguir las». <sup>8</sup> Esa elegancia es la de los institucionistas, los epicúreos españoles de su época. Natalia Cossío la refleja muy bien en su retrato de Giner, que podía ser también el del su marido, Alberto Jiménez Fraud, el de Manuel B. Cossío, su padre, o el de ella misma:

Se movía don Francisco con una elegancia natural y un saber mundano que añadían una fina gracia física al encanto de su gracia espiritual.

Este refinamiento caracterizó a la Residencia, en palabras del gran Alfonso Reyes: «el primer ensayo de combinación entre lo mundano y lo intelectual».<sup>9</sup>

### **Pepín Bello en la tradición liberal**

Cito, entre otras posibles, una última seña epicúrea, que es la defensa que Giner y los suyos hicieron de «la paz perpetua», la doctrina kantiana traída al liberalismo español por el propio Jovellanos. Requería mucha entereza sostener entonces una posición que, de haber estado tan arraigada como ahora lo está en la sociedad española, nos hubiera ahorrado una contienda atroz y una amarga y larguísima dictadura. Giner murió seis meses después de estallar la Primera Guerra Mundial, atormentado por el futuro que se cernía sobre el mundo. José Bello, que tanto sufrió en el Madrid de la guerra civil y la España de la postguerra, se sentía un buen español, políticamente conservador, con excelentes amigos progresistas y conservadores, amante de la paz y temeroso de pocas cosas excepto del insomnio. En su veneración por Giner y la Institución, a Bello nunca le estorbó el radicalismo que don Francisco guardó para él y sus más allegados. Supongo que (dentro de la moderación que siempre presidió su vida) Pepín fue un poco más conservador con el paso del tiempo. Don Francisco no, se mantuvo cada vez más firme, especialmente en algunos aspectos como la solidaridad con los más humildes, el pacifismo o la defensa de la escuela aconfesional, de la

<sup>7</sup> Vila Matas, Enrique (2000): *Bartleby y compañía*. Barcelona: Anagrama, p. 30.

<sup>8</sup> Molina Foix, Vicente (1997): *La Edad de Oro*. Madrid: El País-Aguilar, pp. 99-100.

<sup>9</sup> Reyes, Alfonso (1926): «La Residencia de Estudiantes», *Residencia*, 2: 188.



*Retrato de Pepín Bello, por José Moreno Villa,  
1924. Colección particular*

coeducación o de la primacía de la educación de ciudadanos frente a la instrucción de especialistas. Como tampoco estorbó a este liberalismo radical la estrecha y fructífera amistad que Giner mantuvo con Segismundo Moret, o la buena relación de la ILE con Montero Ríos o Romanones. Todos ellos formaban parte de la misma tradición liberal en la que siempre vivió Pepín, a la que contribuyeron decisivamente Giner de los Ríos y Gumersindo de Azcárate, a la que también pertenecen Sagasta e incluso Cánovas, Julián Besteiro y Fernando de los Ríos.

Ese liberalismo es el cimiento sobre el que se fue construyendo la vida de Pepín, también en los largos años de dictadura franquista. Me he referido al pacifismo radical de los institucionistas porque creo que es uno de los ingredientes de una visión que el propio Pepín, a quien la guerra civil ensombreció la vida, terminó llamando «apolítica», pero que difícilmente puede considerarse así, menos todavía en García Lorca, ya que no es lo mismo que Lorca no militase en ninguna formación a que se hubiera situado con la mayor contundencia, al menos desde la dictadura primoriverista, en lo que podríamos llamar la izquierda democrática.<sup>10</sup> A propósito de Lorca, José Antonio Martín Otín recoge unas declaraciones de Pepín que encuentro notoriamente fuera de contexto. En su libro, muy bien escrito, lleno de afecto por José Bello y de información valiosa, Martín Otín, que parece tener simpatía por José Antonio Primo de Rivera, lleva a Pepín al borde del disparate.<sup>11</sup> Es inconcebible que hubiera en Pepín ninguna debilidad profascista, ningún gesto de admiración por quienes, según las abrumadoras pruebas acumuladas por la investigación histórica, cultivaron y exaltaron la violencia. La tolerancia, el diálogo, el amor por la inteligencia, el humor, todas esas cosas tan propias de él resultan incompatibles con el fascismo. Tampoco se prescinde de anacronismos en el de los jóvenes David Castillo y Marc Sardá igualmente escrito con la mejor intención, pero no siempre con el mayor cuidado, en el que se incluyen expresiones que cuesta trabajo asociar a Pepín o se despachan negocios de evidente complejidad con cuatro líneas de preguntas y respuestas, en las que se obvian los matices propios de la vida intelectual.<sup>12</sup> Por ejemplo, al manifestar su aversión por Juan Negrín (admiraba a Besteiro, detestaba a Negrín, no cabe duda), me pregunto si no podría haberse transmitido con la misma eficacia la postura de Bello sin necesidad de recurrir a expresiones o anécdotas que tienen poco sentido fuera de un contexto privado y coloquial, o a momentos en que Pepín tenía todo el derecho a po-

---

<sup>10</sup> Ya Emilio Prados se refiere en su *Diario íntimo*, del período 1919-21, a un García Lorca de izquierdas: «Sus ideales políticos, contrarios a su bienestar, son los mismos míos y le hacen que sea más querido por mí». Prados, Emilio (1998): *Diario íntimo*. Ed. de Manuel Salinas. Málaga: Centro Cultural de la Generación del 27, Centro de Ediciones de la Diputación de Málaga, p. 20.

<sup>11</sup> Martín Otín, José Antonio (2008): *La desesperación del té (27 veces Pepín Bello)*. Valencia: Pre-Textos.

<sup>12</sup> Castillo, David, y Marc Sardá (2007): *Conversaciones con José «Pepín» Bello*. Barcelona: Anagrama.

nerse «estupendo», sin que le definiesen en absoluto. Ese tipo de recursos quizá sean efectistas pero me pregunto si con ellos nos hacemos una idea cabal del entrevistado. Sobre todo porque confunden acerca de la cuestión principal: el liberalismo fontanal de Pepín Bello.<sup>13</sup>

Un Pepín Bello que votó y recibió con ilusión la proclamación de la República, pero que, como otros liberales que consideraban imprescindible garantizar el orden y la libertad, no aprobó la evolución política republicana y el clima de radicalización que llevó a la guerra civil y que trajo como consecuencia los asesinatos de su hermano Manolo en Paracuellos o de Federico García Lorca en Granada, por citar a dos muy queridos por Pepín, y ejecutados por partidarios, más o menos incontrolados, de ambos bandos.

La manera exquisita con que Pepín se manifestó en todo momento agnóstico y su distancia, tan respetuosa como firme, de la Iglesia católica están así mismo íntimamente relacionados con el tejido espiritual y moral de Pepín Bello, siempre enriquecido por el caudal del liberalismo institucionista («a los curas les hago el favor de admitir que han sabido enseñar [...] pero educar no» dice, fiel a la doctrina de Giner y Cossío, en la entrevista que se recoge en este *BILE*). Sobre esta cuestión religiosa en Pepín también se ha escrito últimamente con ligereza. Pero vuelvo a lo principal: el liberalismo en el que crece y madura Pepín es un liberalismo en plena transformación y asunción de los nuevos valores democráticos, es el que alimenta la visión del grupo de residentes más cercanos a Jiménez Fraud, y quienes, como José Moreno Villa, le ayudaban en la tutoría anglosajona que se practicaba en la Residencia y definía el «espíritu de la casa». Junto con Pepe Moreno y don Alberto, se pueden encontrar desde residentes menos politizados como Pepín o Bal y Gay, a los más comprometidos como Prados o Saénz de la Calzada, pero todos comparten ese mismo liberalismo que encarna la Residencia. El propio Jiménez Fraud ha evocado el ambiente que todos respiraban entonces:

Lejos estábamos en aquellos años de pensar que nuestra obra, nacida en la propia atmósfera liberal que en España y en Europa entonces se respiraba, había de quedar truncada. Era una atmósfera afirmativa de los principios democráticos, y creyente de que un pueblo entero podía participar de la vida política [...]. Se abrigaba en aquellos años la esperanza de lograr un acercamiento al ideal del Estado tolerante y respetuoso con las diferencias individuales, con la libertad de las opiniones y con la

---

<sup>13</sup> No creo que muchos de los amigos de Pepín en el Madrid de los años sesenta y setenta se caracterizaran por la más mínima veleidad joseantoniana o franquista. Por supuesto, no Domingo Ortega, los Dominguín o Juan Benet; pero tampoco Ángel Ferrant, Antonio Garrigues, su primo Díaz Cañabate o Chueca Goitia, y al José Bello posterior a la guerra le definen también sus amigos.

independencia de los ciudadanos; del Estado no opresivo, y dispuesto a aumentar en lo posible el grato disfrute de la libertad. Ideal bellísimo, pero frágil.<sup>14</sup>

Este programa epicúreo al que me vengo refiriendo está intensamente reflejado por Alberto Jiménez Fraud en las recomendaciones que le hizo, en sus años de formación, don Francisco Giner, su maestro:

Trabajar más, sentir más, pensar más, querer más, jugar más, dormir más, comer más, lavarse más, divertirse más.<sup>15</sup>

¿No es ese mismo programa el que se propuso llevar adelante don Alberto en la Residencia, en el que se formó Pepín, al que se ajustó los noventa y dos años siguientes (a pesar de los pesares, que hubo muchos), y ¿no es también el programa que la Institución primero y la Junta después propusieron a todos los españoles? Hoy, afortunadamente, una España que, con todas las salvedades que se quieran, trabaja más, piensa más, come más, se lava más y se divierte más puede quizá valorar lo que representa la trayectoria de José Bello y, como afirma Andrés Soria en este número, siente la «obligación moral, intelectual y cordial [...] de enlazar con ese mundo [...] y traerlo al centro de nuestras preocupaciones y nuestras aspiraciones».

### **La construcción del personaje: Pepín Bello y el grupo del 27**

Una trayectoria biográfica conlleva siempre la construcción de un personaje. Pepín tuvo más tiempo y más cabeza que la mayoría para fabricar el suyo. Tal vez las entrevistas que concedió en los últimos años pudieron contribuir a una cierta «deconstrucción». Sin embargo, he de reconocer que, al final es posible que el balance de estas publicaciones pueda ser favorable, puesto que las indudables exageraciones que contienen no han encontrado mayor eco y, sin embargo, gracias a la difusión que han obtenido se han podido conocer más y mejor algunos de los rasgos arquetípicos del personaje que Bello nos quiso ofrecer.

¿Cuáles son los principales elementos en la construcción de ese arquetipo? Yo diría que el primordial es el de Pepín como aglutinante del conjunto de escritores y artistas que suelen conocerse como grupo o generación del 27.

José Bello fue un agente y un testigo excepcional de su época y de su generación. La misión de un testigo (sobre todo si da pruebas fehacientes de rigor e independencia de

---

<sup>14</sup> Jiménez Fraud, Alberto (1960): *Cincuentenario de la Residencia de Estudiantes, 1910-1960*. o. cit., p. 8-9.

<sup>15</sup> Jiménez Fraud, Alberto (1997): «Ocaso y Restauración». En *Historia de la universidad española*. Madrid: Alianza, p. 433.

juicio) es capital para la historia de un periodo. Además de testigo, y aunque solía negarlo, Pepín fue hacedor: caracteres y biografías como la suya son la argamasa con la que se traban construcciones tan sólidas como la Edad de Plata de la cultura española.

El mismo Pepín nos ha proporcionado un puñado de valiosos testimonios para avalar esta hipótesis. El primero, referido a lo que en el proceso de institucionalización de la llamada generación del 27, llevado a cabo por historiadores y críticos, se ha considerado como el acto fundacional: el homenaje a Góngora en el Ateneo de Sevilla, cuyo icono es una foto de grupo que el propio Pepín Bello afirma haber hecho él. ¡El invisible haciendo posible la visibilidad del movimiento generacional, desde entonces inmortalizado! También ha sido Pepín quien nos ha contado cómo descubrió el valor de los dibujos del recién llegado Dalí, esparcidos por su cuarto de la Residencia, y le presentó a Lorca, a Buñuel y al resto de amigos. Contamos, así mismo, con otros testimonios y fuentes de primera mano que atestiguan el papel relevante jugado por Pepín en la cohesión del grupo, pero también en la adquisición de su autoconciencia artística.<sup>16</sup> La principal y a mi juicio más valiosa de todas ellas es la nutrida correspondencia que, afortunadamente, se ha podido conservar. En su mayor parte está publicada, anotada, estudiada; en ella Pepín no sólo es destinatario, sino interlocutor cuya autoridad es reconocida por todos. Una autoridad a la que muchos de ellos se referirán. De Pepín dirá Lorca que tiene «talento formidable».<sup>17</sup> Buñuel le reconoce, siquiera indirectamente, su contribución a «Un perro andaluz» cuando le escribe: «todas nuestras cosas en la pantalla».<sup>18</sup> Según Román Gubern, «intentó en vano que su elegante figura —que ofrecía cierto parecido con el actor Adolphe Menjou— apareciera en la película» (¡ya entonces amaba Bello su invisibilidad). Gubern afirma que «Dalí lo retrataría en varias ocasiones»<sup>19</sup> y reconoce que «el tema de los burros podridos formaba parte de la mitología personal de Pepín Bello, de Buñuel y de él».<sup>20</sup> Cito un último testimonio de Roman Gubern:

---

<sup>16</sup> Una autoconciencia que Andrés Soria Olmedo aprecia ya en «el grupo de escritores que se llamó a sí mismo “la joven literatura” con clara autoconciencia y con una trayectoria no rígida pero sí definida, cuyo núcleo se encuadró a posteriori con las características de una “generación”, la del 27». Véase el espléndido estudio (2004) «Fábula de fuentes: tradición y vida literaria en Federico García Lorca», Madrid: Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, p. 139, imprescindible para el conocimiento del periodo y el papel central de García Lorca, su mundo originario y su evolución. De *Fábula* he tomado algunos de los testimonios de los coetáneos sobre Pepín.

<sup>17</sup> Maurer, Christopher (2007): «Amor y esgrima». En vv. AA.: *Ola Pepín! Dalí, Lorca y Buñuel en la Residencia de Estudiantes*. Madrid: Fundació Caixa Catalunya, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, p. 19

<sup>18</sup> Gubern, Román (2007): «Las fuentes de *Un perro andaluz* en la obra de Dalí». En vv. AA.: *Ola Pepín! Dalí, Lorca y Buñuel... o. cit.*, p. 97.

<sup>19</sup> *Ibidem*, p. 83.

<sup>20</sup> *Ibidem*, p. 121.

Escuché una vez a Rafael Martínez Nadal que presencié una noche de verano, en el jardín de la Residencia, cómo Pepín Bello, Buñuel y otros amigos contemplaban el cielo y, cuando una nubecilla pasó ante la luna llena, Bello afirmó: «Una navaja está cortando un ojo».<sup>21</sup>

Como ha indicado Christopher Maurer, «Agustín Sánchez Vidal fue el primero en dirigir la atención sobre la relación “enigmática” de Lorca, Buñuel y Dalí, y en mostrar cómo los temas y motivos que surgen en su convivencia diaria en la madrileña Residencia de Estudiantes perdura en la obra posterior de los tres.» Los abundantes motivos que estudia Sánchez Vidal (palabras, alusiones e imágenes cargadas de sentido poético y «antipoético» para los tres, y para su compañero Pepín Bello) traspasan fácilmente las fronteras entre la pintura, la creación literaria y el cine.<sup>22</sup> Pero han sido los libros de Rafael Santos Torroella *Dalí residente* y *Los putrefactos*, publicados por la Residencia de Estudiantes, los que han establecido con precisión el papel de Pepín, estudiado como el gestor del grupo de la Residencia, con cuyo espíritu, vinculado a los objetivos trazados por Giner, Cossío y Jiménez Fraud se relaciona la labor del propio Bello.<sup>23</sup> En esa «relación enigmática» entre el grupo de residentes Pepín se considera a sí mismo como un mediador entre los demás amigos. Según él confiesa a Vicente Molina Foix:

Yo lo que he hecho siempre es rendir culto a la amistad, y en aquellos años de la Residencia tuve la suerte de ir a caer en un grupo de genios. De un modo instintivo yo hacía que la gente se tolerase y tuviera amistad: limaba asperezas. Es lo único que me atribuyo: un modestísimo papel de enlace.<sup>24</sup>

Esta autoridad de Pepín será reconocida también fuera del grupo íntimo de residentes. Rafael Alberti le considera (como otros autores, entre los que destaca Rafael Santos Torroella) el creador de los «putrefactos» en el primer volumen de la *Arboleda perdida*, en el que se trasluce una admiración que yo mismo pude comprobar que muchos años después permanecía intacta. Celebrábamos en la Residencia el centenario de Bergamín (22 de noviembre de 1995), y cuando un Alberti ya achacoso y ensimismado se encontró con su viejo amigo, se iluminó desde dentro, y quienes tuvimos la suerte de acompañarles aquella noche pudimos asistir, asombrados, a un impresio-

<sup>21</sup> *Ibíd.*, p. 103.

<sup>22</sup> Maurer, Christopher (2007): «Amor y esgrima». En vv. AA.: *Ola Pepín! Dalí, Lorca y Buñuel...*, o. cit., p. 19

<sup>23</sup> Santos Torroella, Rafael (1992): *Dalí residente*. Madrid: Publicaciones de la Residencia de Estudiantes; y (1998): «*Los Putrefactos*» *Historia y antología de un libro que no pudo ser*. Madrid: Publicaciones de la Residencia de Estudiantes,...

<sup>24</sup> Molina Foix, Vicente (1997): *La Edad de Oro*, o. cit., p. 104.



Homenaje a Góngora en el Ateneo de Sevilla, 1927.

De izda. a dcha.: R. Alberti, F. G. Lorca, J. Chabás, M. Bacarisse, J. M. Romero Martínez, M. Blasco Garzón, J. Guillén, J. Bergamín, D. Alonso y G. Diego en la foto que José Bello afirmaba que tomó. Archivo de la Residencia de Estudiantes

nante despliegue de facultades poéticas: Alberti y Pepín recitaban de corrido a Lope, los anaglifos y demás bromas residenciales, a Quevedo y a sus compañeros de generación. Las horas pasaron veloces entre bromas y recuerdos, en una brillante pirotecnica que atestiguaba no sólo la genialidad de ambos y su mutuo afecto, sino también la honda admiración de Alberti por Bello. Y puesto que ha surgido Bergamín, de él es una de las citas más celebradas y repetidas sobre Bello, publicada en fecha tan temprana como 1929, desde entonces entronizado sumo sacerdote del surrealismo español: «su iniciador y maestro extraliterario: José Bello Lasierra, nuestro amigo».<sup>25</sup> Surge, así, la construcción del personaje colectivo que fue la generación o el grupo del 27, y cuyo momento álgido coincide con el triunfo del surrealismo (del que no van a participar plenamente todos sus supuestos miembros) y, en paralelo, la construcción del personaje Pepín Bello, con cuyo «poder imaginativo», según Christopher Maurer:

Inspira Bello no sólo a los tres compañeros de la Residencia de Estudiantes, sino, décadas más tarde, con su humorismo, cordialidad y clara memoria, a los críticos e historiadores de la llamada Edad de Plata.<sup>26</sup>

### Pepín Bello y la estirpe de Bartleby

Un autorizado exponente de esta crítica es el profesor sevillano afincado en Madrid Miguel García Posada, quien en su necrológica escrita para ABC, tras elogiarle —según procede en estos casos— como «el eminente imaginativo que fecundó a algunas de las más privilegiadas cabezas de la cultura liberal española de entreguerras [...] el gran aglutinador, en posesión de una ascendencia irrefutable, dato importante de consignar dado el nivel en que Bello se movía», objeta «la excesiva tendencia a la idealización» de Pepín. Sin embargo, en una muy reciente reseña del libro de Martín Otín, García Posada hace un buen resumen de algunas de las facetas de Pepín como creador insólito, capaz de aglutinar un grupo, y a la vez aborda otro de los más importantes aspectos en la fabricación del personaje:

Nada escribió, nada publicó y, sin embargo, la historia de las vanguardias españolas [...] no puede prescindir de su nombre. [...] aquel fabuloso inventor ágrafo, el inspirador de *Un perro andaluz*, el creador de los galimatías verbales, de cuya frescura conceptual brotó la mejor escritura surrealista, el creador de historias increíbles, fábulas semicómicas, verdadero teatro del absurdo: el interlocutor de los nombres más valiosos del vanguardismo, el testigo privilegiado de algunos de los momentos más altos de la cultura española, el gran convergente de la Residencia de Estudiantes, en

<sup>25</sup> Bergamín, José (1929): «Literatura y brújula», *La Gaceta Literaria*, 51. Recogido en Denis, Niegel (ed.) (1985): *Prólogos epilogales*. Valencia: Pre-Textos, p. 14.

<sup>26</sup> Maurer, Christopher (2007): «Amor y esgrima». En vv. AA.: *Ola Pepín! Dalí, Lorca y Buñuel...*, o. cit., p. 13.

cuyos cuartos se tomaba Bello el té con los residentes [...]. Todo esto fue en gran medida posible gracias a este aragonés de Huesca que catapultó a las pantallas de todo el mundo los morideros de los burros podridos de su ciudad natal. Juego y frescura mental, diletantismo comprometido, placer de la imaginación siempre dispuesta a jugar sus cartas en el espacio liberal [...] diseñado por don Alberto Jiménez Fraud concurren en esta empresa que se trascendía a sí misma.<sup>27</sup>

Al inventariar las hazañas de este legendario Pepín y, a la vez, subrayar su carácter ágrafo, García Posada enlaza con la aguda interpretación de Vila Matas, —sugerida anteriormente por Molina Foix—, quien entronca a Pepín con la estirpe de *Bartleby*, el personaje de Melville, que convierte en símbolo de quienes renuncian a escribir porque nada ni nadie quieren ser:

En España, Pepín Bello es el escritor del No por excelencia, el arquetipo genial del artista hispano sin obras. Bello figura en todos los diccionarios artísticos, se le reconoce una actividad excepcional, y sin embargo carece de obras, ha cruzado por la historia del arte sin ambiciones de alcanzar alguna cima: «No he escrito nunca con ánimo de publicar. Lo hice para los amigos, para reírnos, por pitorreo [...]». Nunca dejará de admirarme el destino de este recalcitrante ágrafo, de quien siempre se resalta su absoluta sencillez, como si él supiera que en ella se encuentra el verdadero modo de distinguirse.<sup>28</sup>

Hay muchos otros aspectos y datos de interés en la vida de Pepín para la historia intelectual del período, y muy especialmente para la historia de la Residencia, que, por lo que yo sé, no han sido todavía plenamente incorporados a los relatos académicos. Por ejemplo, Pepín insiste en diferentes entrevistas en que su habitación, cuando la compartía con Lorca, la frecuentaban no sólo compañeros de la casa o de generación (algunos, según Pepín «a diario», como Alberti o Dámaso), sino intelectuales de más edad, como Azaña o Juan Ramón Jiménez. Y éste último, según Bello, acudía directamente, sin saludar a nadie, porque debía estar pasando por un período de tirantez con las autoridades de la casa. Insiste Bello en la buena formación de algunos de sus compañeros, en la «enorme» cultura literaria de García Lorca o en los muchos y variados conocimientos de Dalí sobre la historia del arte y sobre pintura —incluidas las tendencias más recientes—, por oposición a su desconocimiento de todo lo demás. Una cultura estética que acrecientan con mucho trabajo. Pepín ha hablado a menudo sobre la intensidad y dedicación de Lorca a su labor creadora, subrayando su capacidad de concentrarse en medio del habitual trasiego escolar.

<sup>27</sup> García Posada, Miguel (2008): «Leyenda del 27», *ABC de las Letras*, 11.10.2008: 24-25.

<sup>28</sup> Vila Matas, Enrique (2000): *Bartleby y compañía*. Barcelona: Anagrama, pp. 30-31.

Así podría seguirse con muchos otros aspectos, a propósito de la historia intelectual. Por ejemplo, sobre la oposición tradición/vanguardia tan característica en el quehacer de todo el grupo del 27 y en la que Pepín procuró mantener la difícil relación entre los otros tres amigos, sobre la que se han publicado numerosos trabajos, algunos, recientes, creo que esclarecedores.

Así podría (y tendrá que) seguirse también en la caracterización del personaje Pepín Bello, siempre sostenido por el José Bello de carne y hueso, de exquisita educación y mejor trato, de probada tolerancia y no menor independencia de criterio, generoso, de gran corazón, cuya sensibilidad artística le impidió tomarse en serio unas más que medianas dotes para la pintura y el dibujo, y que nos hizo disfrutar hasta el final con su castellano impecable, su sentido del humor y su memoria verdaderamente asombrosa. ¿Es este un retrato demasiado favorecedor? No quisiera incurrir en ninguna beatería: nada de lo dicho me parece que lo sea, ¿hay una línea de sombras?

Por una de esas extrañas coincidencias, o «milagros laicos», en el «memorial» que organizamos para José Bello en la Residencia se interpretaron (muy bien, por cierto) las canciones basadas en poemas de Matilde Wesendonck, el amor fracasado que inspiró a Wagner el *Tristán e Isolda*, esa Matilde con cuya mención Pepín concluye la carta que sobre la visita apócrifa que le hizo Wagner escribe a Alfonso Buñuel que también se reproduce en este *BILE*. Creo que no sólo esa extraña coincidencia hubiera justificado la elección: las tristes, hondas y hermosas canciones, los melancólicos poemas de la amada de Wagner nos sugieren la otra cara de quien solía mostrarse con jovialidad infatigable. Ese Pepín que es capaz de amargas confesiones a algunos de sus interlocutores en los últimos años (confesiones que al ser publicadas quizá hubieran merecido una transcripción más cuidadosa, si no más benévola). Cuando le escuchábamos cosas semejantes, yo las sometía al contraste con la otra luminosa vertiente, porque sin duda José Bello, como muchos otros, era bifronte, y guardaba muchos secretos (¿quién no los guarda, y más si ha vivido tanto?); cultivaba un puñado de heterónimos (su sobrino Severino hace inventario en este mismo *BILE* de algunos de los más divertidos) y en él convivían, como en la mayoría de los seres humanos, espíritus alegres y sombríos; y sólo contemplándolos juntos podemos apreciar cabalmente la riqueza de su vida.

### Seguir a Pepín Bello

Comenzaba estas páginas refiriéndome al binomio ausencia/presencia de Pepín Bello. Las concluyo con una confesión personal. Su espíritu, su gesto cordial, me siguen acompañando, y vuelven con regularidad. Cuando me ocurre, siento la misma fascinación, el mismo afecto, la misma paz, el aliento que siempre me ha transmitido, y me doy cuenta no sólo de cuánto le quería, sino de lo mucho que le debemos y de la suerte que he tenido (y que no siempre he sabido aprovechar) de conocer y tratar a una persona tan extraordinaria...

¿Qué había detrás de Pepín Bello, de su sonrisa cordial, de su bonhomía, de su repentina chufra gamberra, aunque siempre educada? Sin duda un espíritu mayor, alguien sustancial, con fundamento. Y ese fundamento no era ni es otro que el sueño de Giner y los suyos, un sueño que pareció esfumarse en tantas ocasiones, pero que dio abundantes, sucesivos frutos, provenientes de la iniciativa pública y privada: el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, el Museo Pedagógico, la Universidad de Oviedo y su Extensión Universitaria, la Comisión y el Instituto de Reformas Sociales, la Junta para Ampliación de Estudios y sus centros, las Misiones Pedagógicas... y, tras la guerra, supo resistir y florecer de nuevo en el exilio, en otras instituciones y otros pueblos, y también en el exilio interior, donde se siguieron reuniendo el Patronato de la Institución y los antiguos residentes, conservando un legado que pudieron transmitir cuando se iniciaron nuevas etapas en la Institución, en la Residencia...

Cuanto hoy nos sentimos partícipes de esta tradición nos solemos reunir en ese nuevo jardín de Epicuro que forman algunos viejos pero recuperados jardines madrileños, como el de la propia Institución, el del Olivar de Castillejo, el de Miguel Ángel, 8, y la Fundación Ortega y Gasset o el de la Residencia, donde se rinde culto a la felicidad como nos ha sido transmitido por nuestros fundadores institucionistas y krausistas: en el diálogo entre ciencia y arte, en el ejercicio de la solidaridad, la tolerancia y el respeto de la diferencia. La fiesta anual de la Residencia acoge a muchos de sus amigos y, hasta esta última, en la que ya no estaba, siempre a su cabeza, José Bello Lasierra, cuya alegría, serenidad e inteligencia eran «una especie de milagro laico, o concatenación de circunstancias favorables» (en palabras de Agustín García Calvo sobre la casi inexplicable supervivencia del vasto poema de Lucrecio *De rerum natura*). Así fueron los ciento tres años de Pepín Bello: un canto a la vida, a su más puro goce y, sobre todo, a la amistad. Lo dijo Epicuro: «de todos los bienes que la sabiduría procura para la felicidad de una vida entera, el mayor con mucho es la adquisición de la amistad».

Ahora queda proseguir la tarea de recuperación de aquel mundo, de aquella Residencia y de aquella Institución a las que él tanto quiso, y hacerlo siendo fieles al espíritu que las alentó siempre, puesto que las «cambiantes circunstancias» —según Jiménez Fraud— requieren y requerirán nuevos cometidos. Parafraseando a Ortega, en su ya citada (y aquí tan oportuna) necrológica de Gurmensindo de Azcárate, refiriéndose a la *pietas* —esa virtud romana que nos lleva a venerar el legado, la memoria de los mayores—, nuestra piedad hacia Pepín, «consistirá en seguirle». Pero seguir a Pepín, «como seguir a Giner, es seguir hacia adelante». Concluye Ortega con una exhortación que hago mía, pensando en Pepín y en los demás institucionistas y residentes: «ahora queda sobre su tumba lo que debe quedar siempre cuando los que viven son fieles a los muertos: el verde brote de la esperanza».<sup>29</sup>

**José García-Velasco\***

<sup>29</sup> Ortega y Gasset, José: art. cit., pág. 33.

\* Dirección para correspondencia: [jgvelasco@fundacionginer.org](mailto:jgvelasco@fundacionginer.org)



Antonio Garrigues y José Bello en Venecia, 1951.  
Cortesía de Antonio Garrigues Walker



## Un viaje a Venecia y otros recuerdos\*

Antonio Garrigues

**Y**o he heredado de mi padre, y le debo, muchísimas cosas. Mi padre murió, como Pepín después de una larga vida, más de cien años; y entre las cosas que heredé de él, y le agradezco, está, claro, la amistad con Pepín. Nunca me he reído tanto con una persona como con Pepín Bello. Era fundamentalmente un ser divertido, con capacidad de análisis y de juicio para mitificar y para desmitificar. Mitificaba a todos sus genios, que él controlaba aquí, y al mismo tiempo los adoraba. Pero sobre todo era un ser divertido.

Tuve con él una experiencia única: un día, hablando, dijo que le encantaría conocer Venecia; yo tampoco la conocía, y le dije: «Pues vamos a Venecia». A los pocos días cogimos un coche y nos fuimos los dos solos de Madrid a Venecia. No sé si ustedes han viajado con alguien de Madrid a Venecia en coche, pero les aseguro que hay una gran cantidad de tiempo para conocerse, para hablar de todas las cosas. Creo, de verdad, que sé de Pepín mucho más que nadie, porque, insisto, fuimos juntos de Madrid a Venecia, día a día y hora a hora, con un miedo horroroso a que el coche se parara, porque los coches se paraban. Fue una aventura absolutamente loca. Pero me acuerdo lo que nos reíamos en el viaje y lo que comentábamos.

Siempre recuerdo que mi padre y él hablaban mucho de poesía. Había una poesía de Jorge Guillén que les apasionaba a ambos, que era: «Como buen aventurero, / cuando muera, / quiero saber que me muero», y esa poesía se ha mantenido siempre. Me acuerdo que la leí cuando falleció mi padre. Pepín y él siempre andaban decidiendo lo que era un poema y lo que era un mal poema; esas cosas le encantaban, el surrealismo... Era increíble.

En aquel viaje, me contaba de todo. Por ejemplo, recuerdo como me explicaba su amor por las latas de conserva. Él prácticamente no comía nada natural, solo latas de conserva. Esto es absolutamente verdad, no es una exageración. Estábamos de acuerdo, en que nada era comparable al sabor de una sardina recién salida de una lata. ¡Y

---

\* Este artículo recoge las palabras del autor en el homenaje *En recuerdo de José Bello*, celebrado en Madrid, en la Residencia de Estudiantes, el día 19 de febrero del 2008.

cómo gozábamos describiendo aquella sardina, ese sabor único que tiene! ¡Cómo hablaba de los espárragos! Decía que comparar un espárrago en lata con un espárrago natural es una ofensa, es un pecado mortal. «No hay nada como un espárrago en lata, nada, absolutamente nada —decía—. A mí, de vez en cuando, me regalan espárragos naturales, y los tiro, Antonio, los tiro; no quiero ver un solo espárrago».

Y cuando llegamos a Venecia, estar con una persona culta como él, gozar de todas las sensaciones como él lo hacía, pues no tenía pretensiones eruditas, era un gozo. Valoraba todo perfectamente. Dimos un paseo en góndola, que espero que también se considere una experiencia única, que nadie haya dado un paseo en góndola con Pepín Bello. Y tengo una foto maravillosa.

Diré muy poco más, porque, la verdad, el gran amigo de Pepín fue mi padre. Lo que pasa es que yo gocé de su amistad en gran medida. Lo he pasado siempre bien con él, y he tenido con él todo tipo de experiencias. Le invitaba a mi casa, y había de vez en cuando compañías de las cuales él no gustaba, pero ahí es donde demostraba su civilidad y su consenso. Qué poca gente hay en España capaz de hacer lo que hizo Pepín con las vanidades ajenas, qué poca gente hay... Yo, sinceramente, creo que no hay nadie. Es un ejemplo excepcional y único en la historia de España. Negociar las vanidades de gente como Dalí, como Buñuel, como Lorca... —que hay que ver qué vanidades, no eran vanidades cualesquiera; realmente eran vanidades monstruosas, gigantescas— y saber coordinarlo todo como él lo hacía... Era una verdadera maravilla.

Por eso creo que lo que han hecho José García-Velasco y Alicia Gómez-Navarro con este tipo de actos es algo muy importante. En España damos poco las gracias, y además las damos generalmente mal, esa es la verdad. Pero agradecerle a Pepín Bello, a mí es lo único que me quedaría como buen recuerdo; que Pepín sepa que le agradecemos su alegría, que le agradecemos su positividad, que le agradecemos su bondad, su no rencor, su ejemplo permanente. Gracias, Pepín.

**Antonio Garrigues\***

---

\* Dirección para correspondencia: [antonio.garrigues@garrigues.com](mailto:antonio.garrigues@garrigues.com)



Con Rafael Santos Torroella en la Residencia de Estudiantes, 1991. Archivo de la Residencia de Estudiantes



Con Miguel Poveda en la Residencia de Estudiantes. Archivo de la Residencia de Estudiantes



Con Alicia Gómez-Navarro, julio del 2006. Archivo de la Residencia de Estudiantes

## José Bello y la Residencia hoy\*

Alicia Gómez-Navarro

El pasado febrero nos reunimos en la Residencia de Estudiantes para celebrar a José Bello Lasierra. Era una celebración de amigos y familia para recordarle y evocar su memoria. Y lo hicimos como a él le habría gustado, de acuerdo con su modesta persona. Así es como se definía en el programa *Epílogo*, emitido después de su muerte en televisión; y así respondía cuando le preguntaban cómo quería que le recordaran: «Ni engrandeciendo mi figura ni empequeñeciéndola, de acuerdo con mi modesta persona». Así era José Bello, modesto, discreto, con una alegría innata, entusiasta, culto, cariñoso, inteligente... Ese es el José Bello que hemos conocido en la Residencia desde que empezamos esta segunda etapa, a partir de 1986, y así queremos recordarlo.

José Bello, en su época de residente, desempeñó un papel de enlace, de favorecedor de relaciones entre aquel grupo de amigos tan brillantes que coincidieron en la Residencia en los años veinte. El decía de sí mismo que en cierto modo ensambló, trabó aquella generación del 27, aquel grupo de amigos; su esfuerzo se orientó a su unión, a hacer posible que hoy pueda hablarse de generación del 27. Esto nos lo contaba en la propia Residencia el día que cumplía cien años.

En esta segunda época de la Residencia, para nosotros ha sido la memoria viva de la primera. Nos transmitió el ambiente y el espíritu que en esta casa se vivió hasta 1936. Nos ayudó, junto con otros muchos antiguos residentes y familiares, y muy especialmente Natalia Jiménez Cossío —hija del fundador y director de la Residencia, Alberto Jiménez Fraud—, que también nos acompañó en el homenaje, a construir la nueva Residencia.

Para la actual Residencia empieza una nueva etapa. «Al cesar su memoria —la memoria de José Bello—, se cierra un mundo, y tenemos que conformarnos con el archivo de la historia», dijo recientemente el profesor Andrés Soria Olmedo.

---

\* Este artículo recoge las palabras de la autora, directora de la Residencia de Estudiantes, en el homenaje *En recuerdo de José Bello*, celebrado en Madrid, en la misma Residencia, el día 19 de febrero del 2008.

La Residencia, desde 1986, ha trabajado en la reconstrucción de su propia historia y la tradición intelectual de la que procede, la Junta para Ampliación de Estudios y la Institución Libre de Enseñanza como inspiradora de todas estas fundaciones.

Desde que iniciamos la nueva época de la Residencia, hemos querido que fuese —y de hecho lo es— un lugar de memoria en varios sentidos, y sobre todo depositaria de la memoria material: libros, archivos..., tarea que se ha realizado a lo largo de estos veintidós años. La Residencia recuperó y rehabilitó sus edificios, creó un programa de becarios, puso en marcha un centro de documentación que atesora hoy más de cuarenta legados y más de ciento cuarenta mil documentos. En la Residencia viven cada año más de tres mil creadores, artistas y científicos, y muchos más participan en sus actividades. Sólo recuerdo, para concluir este somero recorrido, que en los últimos meses se han celebrado una exposición y un congreso internacional sobre la Junta para Ampliación de Estudios y hemos editado un catálogo para celebrar el centenario de la Junta. En todo este proyecto siempre hemos contado con la colaboración tanto de José Bello —o Pepín— y de la generación que representa, como de sus familiares, sus amigos y otros muchos, procedentes de mundos distintos y de generaciones más jóvenes. Sería muy difícil enumerarlos a todos, pero quiero citar expresamente a aquel grupo de antiguos residentes que permanecieron en España en la posguerra, agrupados en torno a ese pasado común tan brillante que compartían y que se propusieron que no muriera, conservándolo y transmitiéndolo a las siguientes generaciones. Gracias a Francisco Bozzano y Ángela Barnés, Francisco Alonso Burón, Arturo Sáenz de la Calzada y Ketty Aguado, Luis Sáenz de la Calzada y Maruja Zuloaga, José Solís, Olegario Llamazares y tantos otros, recibimos esa brillante herencia, y nuestra obligación hacia el futuro será atesorarla y difundirla para que siga viva en las generaciones posteriores.

En este proyecto también hemos contado con el apoyo de todos los Gobiernos, los Ministerios de Educación y de Cultura y las Administraciones que se han sucedido desde entonces, tanto estatales como autonómicas y locales. Mercedes Cabrera, actual ministra de Educación y Ciencia y presidenta del Patronato de la Residencia, habría querido presidir nuestro homenaje. Al final no pudo acudir, pero muchos conocen la afectuosa relación que mantuvo con José Bello, al menos desde 1994, fecha en la que Mercedes fue elegida presidenta de la Asociación de Amigos de la Residencia, y Pepín, presidente de honor. Mercedes Cabrera envió un saludo muy afectuoso a todos los amigos y familiares de Pepín que se reunieron en aquel homenaje.

También fueron muy buenas las relaciones de José Bello con otras ministras, como Carmen Calvo, quien se refirió a él, cuando cumplió cien años, «como oráculo, no de Delfos, sino de tantas cosas que muchos queremos recordar y recordamos; tantas cosas que para muchos españoles sigue siendo un faro que alumbraba todavía». Ese mismo día,

el presidente de Aragón decía de José Bello que era «un hombre de Huesca, profundamente de Huesca, que presume de sus orígenes, lo cual a los que somos de allí nos encanta». De Huesca, además de los Bello Lasierra y Marcelino Iglesias, es también la consejera de Educación y Cultura del Gobierno de Aragón, Eva Almunia, que aquel día inolvidable del centenario se presentó aquí con los tambores de Calanda y que también participó en el homenaje. Como nos acompañaron Beatriz Rodríguez-Salmones y Ana Botella, que han disfrutado igualmente de su amistad. No pudo hacerlo Pilar del Castillo, que nos pidió expresamente que manifestásemos su deseo de haber podido acudir. Quiero citar, por último, a César Antonio Molina, ministro de Cultura, que nos habló de José Bello, *Pepín* (me resulta muy difícil volver a «José Bello»; él no quería que lo llamáramos Pepín). Se refirió a él como el último testigo de la generación del 27 y memoria viva de una época de fructífera creación. También Simone Ortega, viuda de José Ortega Spottorno, nos envió una nota para que mencionásemos el gran aprecio que le tenía su marido a José Bello. Asimismo, he de decir que hemos recibido muchísimos telegramas y cartas desde el día de su fallecimiento de gente muy variada, gente que le conocía, gente que no le conocía, expresando todo tipo de pésames.

Quiero, por último, dar testimonio de mi relación personal con José Bello todos estos años.

Aparte de todo lo que he dicho sobre él al comienzo, en el trato personal, además de una permanente simpatía y buen humor, siempre demostraba un enorme cariño y afecto, quizá una de las cosas para mí más sorprendentes en alguien a quien entonces apenas conocía. Al mismo tiempo, era una persona a la que nunca vi nostálgica o que expresara quejas. No parecía una persona mayor, no hablaba del pasado. Era muy esforzado hacerle hablar y contar cosas de su juventud; prefería hablar del presente.

Le gustaba mucho hablar con los jóvenes; los becarios que han pasado por la Residencia a lo largo de los años han quedado cautivados por su personalidad. Y quiero citar un fragmento de un texto escrito por un becario escritor aragonés, David Mayor, después de la celebración del centenario de José Bello en la Residencia:

A las tres de la mañana todos los señores con cien años en los ojos duermen, excepto uno. A las tres de la mañana del pasado miércoles, Miguel Poveda dejaba de cantar en el salón de actos de la Residencia de Estudiantes, y un señor con cien años aplaudía con el mismo entusiasmo con el que aplaudió en los años veinte del siglo pasado a un cantaor de otra época, Manuel Torre, *el Niño de Jerez*. Ese señor es don José Bello Lasierra, acaso el mayor surrealista de cuantos ha habido, tan surrealista como Cravan o Buster Keaton, el principal surrealista de la cultura española, como escribió en la *Gaceta Literaria* Bergamín. José Bello, conocido como Pepín Bello en manuales y apócrifos, era homenajeado en la Colina de los Chopos, en la que fue su casa entre 1915 y 1926, por su centenar de años, y allí estaba él en primera fila, con un JB en los labios.

Su compañía, amistad y cariño han sido un regalo durante todos estos años. Dejará un hueco enorme entre nosotros. Quiero citar públicamente a Rosa Ruiz Tarazona (*Tota*) por su entrega al cuidado de Pepín y el amor y el cariño que le ha dedicado estos años; gracias, Tota. También, por su constante afecto hacia Pepín, quiero mencionar a Emilia Gil, perteneciente casi desde el principio al grupo fundador de la Residencia en esta segunda etapa.

**Alicia Gómez-Navarro\***

---

\* Dirección para correspondencia: [directora@residencia.csic.es](mailto:directora@residencia.csic.es)



Rodeado de los becarios de la Residencia, Alicia Gómez-Navarro y José García-Velasco, mayo del 2007. Archivo de la Residencia de Estudiantes



Primera fila: Joaquín Rodrigo, Carmen Conde, Dolores Jiménez (*La Niña de la Puebla*), Lili Álvarez, Rosa Chacel, Pilar Primo de Rivera, [sin identificar]. Segunda fila: José Prat, Rafael Alberti, Luis Escobar, José María de Areilza, Severo Ochoa, Pedro Laín Entralgo, Consuelo Larrucea (viuda de Antonio Tovar), José Luis L. Aranguren y José Bello. Tercera fila: José María Llanos, [sin identificar], Ramón Rubial, [sin identificar], Faustino Cordón y Antonio Garrigues Díaz-Cañabate ante la Residencia de Estudiantes, 22 de mayo de 1990. Archivo de la Residencia de Estudiantes

## Yo, de mayor, quiero ser como Pepín\*

Elvira González

**A** Pepín no lo he visto envejecer. Cuando era yo pequeña, lo veía muy mayor, y al cabo del tiempo, siempre fue igual. O sea, que no lo he visto envejecer. Además, siempre tenía tan buen carácter y un espíritu tan jovial, y le gustaba hablar con la gente joven también... Ha sido una experiencia maravillosa. Durante un tiempo dejé de verlo, por las circunstancias, aunque sí que coincidía mucho con amigos comunes, como Juan Benet y Caneja, en alguna cena. Era extraordinario estar con él. A mí siempre me gustaba sentarme a su lado, porque era muy alegre y yo lo pasaba muy bien. Si alguien se ponía un poquito pesado, sabía torearlo muy bien. También eso lo llevaba bien, y no le irritaba ni le molestaba. Siempre he sentido que me daba lecciones. Estar con Pepín era aprender, aprender a hacerme mayor y aprender de que, siendo mayor, tienes que tener muy buen carácter, no tienes que estar amargado.

Pepín ha tenido la suerte de que, si ha tenido enemigos, se han debido de morir, porque nadie puede vivir tanto como él. No conozco a nadie ni he oído nunca de nadie que fuese su enemigo, ni hijo de enemigos.

Algunas veces le preguntaba, hablando del flamenco —estando, por ejemplo, con Pilar López en la Residencia—, que quién le había impresionado más, y Pepín me dijo una cosa que me sorprendió muchísimo: «Manuel Torre». Yo me quedé tan sorprendida que me fui corriendo a la FNAC, porque he oído hablar mucho de Manuel Torre, aunque nunca del viaje que querían hacer en bicicleta por Sevilla, o en burro, pero nunca lo había oído cantar. Me fui a la FNAC a comprar unos discos suyos para escucharlo. Son viejos, reeditados, no se oyen muy bien, pero en uno había una sinopsis de Federico que decía que Manuel Torre, a su muerte, tenía la inteligencia inyectada en vena. Eso se me quedó. Pensar que en el año veintitantos ya se hablaba de «inyectar en vena», sobre todo la inteligencia, era maravilloso.

---

\* Este artículo recoge las palabras de la autora en el homenaje *En recuerdo de José Bello*, celebrado en Madrid, en la Residencia de Estudiantes, el día 19 de febrero del 2008.

Agradezco muchísimo a la Residencia que, cuando se reabrió, él fuera un habitual. Venir los veranos para que te recibiesen la Residencia y Pepín Bello era una maravilla. Y además era tan jovial, tan joven de espíritu que te veía y a lo mejor pretendía ponerse de pie para darte un beso... Se quedaba uno muy impresionado. Las maneras, la clase y el señorío no se pierden con la edad. Yo no sé si se consiguen al estudiar, pero, desde luego, el que la tiene, las tiene hasta el final. Yo de mayor quiero ser como Pepín. ¡Viva Pepín!

**Elvira González\***

---

\* Dirección para correspondencia: [bile@fundacionginer.org](mailto:bile@fundacionginer.org)



Con Lucía Bosé y Juan Benet. Madrid, 1949



Con Pilar Bayona y Luis Buñuel. Madrid, 1961



En su casa de Madrid, 1967



En Saucelle, 1967



Presentando el proyecto de motocine. Madrid, 1953

## Un soneto para José Bello\*

Andrés Ruiz Tarazona

He tenido el privilegio de estar muy cerca de Pepín Bello en los últimos veinte años, por lo menos, cuando iba a mi casa de Los Negrals y luego en El Escorial, en la casa de Severino Bello, su sobrino, y de mi hermana, la mujer de Severino, Rosa Ruiz Tarazona, y, claro, tengo infinidad de anécdotas, de historias sobre Pepín; entre otras, algunas musicales. Estuve con él en varias operas en el Real. Creo que la última vez que asistió a una representación de Wagner fue para oír la que era su predilecta, *Los maestros cantores*, que dura cinco horas. Sus comentarios eran formidables siempre, y aguantaba las cinco horas encantado de la vida, feliz. Y te contaba historias como aquella de Federico García Lorca en una manifestación por La Castellana, en la que, cuando aparecieron las fuerzas del orden, Federico cantó, con un tema famoso de Karl Maria von Weber: «No, no me digas no, no me digas no, Primo de Rivera».

Una historia genial de Pepín, como aquella otra del Ateneo, también de Federico:

A la puerta del instituto  
me puse a *marichalar*;  
pasó Valery Larbaud;  
le dije *comment chabás?*

Eso es buenísimo, nombrar a tres individuos de aquella generación (Marichalar, Larbaud y Chabás) en un momento, con una frase que casi tenía sentido. Bueno, pues cuando cumplió cien años y le dedicaron aquel precioso homenaje en la Residencia, yo le escribí un soneto, porque tengo la mala costumbre de, cuando alguien celebra algo o conmemora algo, escribirle unos versos. Hay de todo: tengo por ahí quintillas, cuartetos, sonetos, de todo. A Pepín Bello le dediqué este soneto, que no leí porque me dio verdadero apuro. Mira por donde, al final terminé leyendolo, aunque, claro,

---

\* Este artículo recoge las palabras del autor en el homenaje *En recuerdo de José Bello*, celebrado en Madrid, en la Residencia de Estudiantes, el 19 de febrero del 2008.

está escrito para una persona que estaba viva y muy viva. Porque Pepín, con cien años, era un chaval.

Ha vuelto a la colina de los chopos.  
Allí perdura entronizado y bello,  
sonrisa de verdad, blanco el cabello.  
Cien años le contemplan y son pocos,

pues con Dalí o Buñuel en compañía,  
Pepín fue pura luz, levantó acta  
de una España ya entonces putrefacta  
que pugnaba por ver el nuevo día.

Alberti y Federico, en una nube  
donde Anfortas se cura de la herida,  
insistentes reclaman su presencia.

Mas él se hace esperar, y sube y sube  
hacia otra juventud nunca perdida  
paseando erguido por la Residencia.

Termino recordando también los paseos por Sevilla con Ravel —aquel señor pequeño, muy educado, encantador— que me relataba. Verdaderamente, haber podido pasear con Ravel, y encima por Sevilla, es demasiado.

**Andrés Ruiz Tarazona\***

---

\* Dirección para correspondencia: [aruiz@fideliomusica.com](mailto:aruiz@fideliomusica.com)



Reunión de la Orden de Toledo en la Venta de Aires. De izquierda a derecha: Salvador Dalí, Ernestina González, Luis Buñuel, Juan Vicens, José María Hinojosa y, sentado, José Moreno Villa. Toledo, 1924.  
Archivo de la Residencia de Estudiantes



Venta de Aires. De izquierda a derecha: José Bello, José Moreno Villa, Ernestina González, Luis Buñuel, Salvador Dalí y José María Hinojosa. Toledo, 1924. Archivo de la Residencia de Estudiantes

# El maestro Bello que estaba allí

Andrés Soria Olmedo

**E**n mayo de 2007, Enrique Vila Matas y quien esto escribe presentamos un volumen que recoge un ciclo de conferencias dictadas en mayo de 2004 para celebrar el centenario de Dalí, con trabajos de Agustín Sánchez Vidal, Román Gubern, Juan José Lahuerta, Andrés Soria Olmedo, Cyril B. Morris y Christopher Maurer sobre Lorca, Dalí y Buñuel.

El libro se titula, con grafía daliniana, *Ola Pepín!*, para resaltar la presencia de José Bello entre los tres amigos. Con discreción, Bello está en el libro: el título del primer guión de *Un chien andalou* se titulaba «¡Vaya marista!», en referencia directa al único poema publicado por José Bello, el caligrama «El ateneísta»:

El ateneísta  
El ateneístae,  
El aiteneistaie  
El aiteineistaie...  
Es una mezcla de marista y  
De erisio que me ha subyugado.

La fascinación por los maristas puede venir, a su vez, de la pregunta de Benjamin Péret en *Coeur à coeur* (1924) —¿Cuántos maristas caben en una pasarela?— que Buñuel le transmite en una carta de 1928.

En 1929, José Bergamín, al hacer balance del surrealismo, afirmaba que no había tenido

sino muy leve resonancia: individual, caprichosa. La que se ha pretendido darle en algunos, poco logrados, intentos: José María Hinojosa, y probablemente a través de éste o de otras preocupaciones pictóricas equivalentes, Federico García Lorca y el pintor catalán Salvador Dalí —menos originales, menos auténticos sin duda, en esto, que su iniciador y casi maestro extraliterario: José Bello y Lasierra, nuestro amigo.

Sin énfasis alguno, sin más pretensiones que las de la amistad, Pepín Bello, como el Maestro Martínez en la Revolución soviética, estaba allí, como el bajo continuo en un concierto barroco, entre las bromas —putrefactos, anaglifos, carnuzos— y las veras de ese momento extraordinario para el arte del siglo xx. Quizá desaparecido, como prefiere Vila-Matas, pero irradiando su presencia simpática, en el sentido etimológico del término, para tantos y tantos españoles que hemos sentido como una obligación moral, intelectual y cordial la necesidad de enlazar con ese mundo, con aquel mundo del siglo pasado, y traerlo al centro de nuestras preocupaciones y nuestras aspiraciones.

Todavía estaba aquí el pasado mayo, con motivo de la presentación de este libro, y sus ciento tres años traían a nuestra emoción el hilo de la memoria viva. Al romperse ese hilo tenemos que conformarnos con el archivo de la historia.

Los que estábamos en ese acto de hace unos meses recordaremos el contagioso ataque de risa que le dio al acordarse de un sucedido con Ramón Gómez de la Serna, un mendigo, un perrillo y Federico, y los asistentes a la comida recordaremos que evocó el momento en que Federico García Lorca leyó *Mariana Pineda* en su cuarto para Juan Ramón Jiménez, y que su entusiasmo se enfrió cuando Federico le dijo que tenía la firme intención de estrenar la pieza (el historiador comprueba que ese dato es cierto, y comprueba con melancolía que el testimonio de la memoria garantiza la existencia de un pasado que ya no esté: a raíz del estreno de *Mariana Pineda*, «Federico definitivamente arrojado del parnaso: no hay piedad para él», le comunica Pedro Salinas a Jorge Guillén en carta el 21 de octubre de 1927). Más adelante —continuó—, cuando Juan Ramón se distanció de muchos, siguió siendo amigo suyo, de modo que entraba directamente a su cuarto, sin saludar a nadie, ni al portero.

Al cesar su memoria, se cierra un mundo. Más vale retroceder ochenta y cuatro años, al centro amable de aquel mundo que fue el suyo, y cederle la palabra a su amigo más querido, Federico García Lorca:

TARDECILLA DEL JUEVES SANTO (1924)

Cielo de Claudio Lorena.  
El niño triste que nos mira  
y la luna sobre la Residencia.

Pepín, ¿por qué no te gusta  
la cerveza?  
En mi vaso, la luna redonda,  
¡diminuta!, se ríe y tiembla.

Pepín: ahora mismo en Sevilla  
visten a la Macarena.  
Pepín: mi corazón tiene  
alamares de luna y de pena.

El niño triste se ha marchado.  
Con mi vaso de cerveza  
brindo por ti esta tarde  
pintada por Claudio Lorena.

**Andrés Soria Olmedo\***

---

\* Dirección para correspondencia: [asoria@ugr.es](mailto:asoria@ugr.es)



En la Residencia de Estudiantes, 1997. Archivo de la Residencia de Estudiantes